

¿UN PESO MUERTO O UNA FUERZA FRUSTRADA? LAS DIFICULTADES ESTRATÉGICAS DE LA MARINA REPUBLICANA DURANTE LA GUERRA CIVIL, 1936-1939

WILLARD C. FRANK, Jr.
Universidad Old Dominion, Norfolk (Va.)

La manifiesta superioridad material y el dominio del mar con que la flota republicana contaba en julio de 1936 son hechos destacados de la Guerra Civil. Con el tiempo los nacionales organizaron una fuerza naval eficaz y se alzaron con la victoria. ¿Qué ocurrió para que se produjese un cambio tan radical?

Muchas explicaciones se centran en el factor humano: la Marina republicana careció de mandos capaces, así como de, sentido estratégico, lo que produjo fracasos que a su vez minaron la moral de las tripulaciones.

A la flota nacional, por el contrario, no le faltó liderazgo, agresividad, capacidad estratégica ni moral de combate. «El factor hombre», según Fernando y Salvador Moreno de Alborán, fue «la clave de la victoria de la Marina nacional y de la derrota de la Marina roja». Ricardo Cerezo, después de relatar el casi completo exterminio del Cuerpo General en la zona republicana, llega a la conclusión de que

«... sin jefes ni oficiales, siquiera en cantidad mínima, la Flota frentepopulista aparece como una herramienta ineficaz. Sus buques navegarán y sus cañones harán fuego, pero sin responder a presupuestos tácticos ni estratégicos debidamente ponderados. Despojados de las atribuciones de mando, los escasos oficiales que quedan al lado del Gobierno son incapaces de atender por sí mismos a las exigencias múltiples y complicadas de una Flota en estado de guerra».

Cerezo afirma, además, que pese a los esfuerzos de los escasos oficiales que le quedaban, la capacidad de la República para sostener una guerra en la mar apenas fue suficiente. Para José Cervera Pery, «en el mar, la Marina republicana perdió la supremacía por falta de un mando eficaz y suficientemente informado desde el punto de vista estratégico para aprovechar la ventaja de la

potencia de su flota y resistirse a la imposición de la estrategia defensiva soviética». Desde entonces el convencimiento de que «más valen hombres sin barcos que barcos sin hombres» ha predominado en la Armada (1).

Los autores del bando republicano, especialmente los comunistas, coinciden en estas apreciaciones. Así, el capitán de navío de segunda Nikolai G. Kuznetsov, agregado naval soviético y asesor entre agosto de 1936 y julio de 1937, considera que las «deficiencias y debilidades» básicas de la Marina republicana se debieron al «débil liderazgo ejercido por el Gobierno y el Ministerio de Marina» —lo que ocasionó errores estratégicos—, a «la falta de oficiales a flote», a la escasa capacidad de los pocos que quedaban y al «descuido y falta de disciplina del personal» (2). Dolores Ibárruri, *la Pasionaria*, se pregunta:

«¿Qué ocurría con la escuadra, que en su mayoría se quedó en aguas republicanas mientras las fuerzas de tierra combatían día a día por cada pulgada de territorio nacional contra los facciosos? (...) La falta de un plan general de operaciones de parte del Gobierno, desbordado por los acontecimientos, mantenía a la mayor parte de la escuadra inactiva, anclada fundamentalmente en Cartagena (...) La flota era un peso muerto en la gran lucha que el pueblo libraba contra la reacción fascista».

Para ella, el fracaso de la Marina republicana se debía principalmente a no haber seguido una estrategia ofensiva, tal y como había señalado el partido comunista, y a la falta de liderazgo. Su conclusión es que «a la marinería le faltaba dirección» (3). Sin embargo, los marineros anarquistas, mucho más numerosos que los comunistas, creían que el fervor revolucionario y las decisiones tomadas por mayoría eran suficientes para vencer a los rebeldes.

Estos tópicos sobre la falta de liderazgo, de estrategia y de moral, aducidos tanto por tradicionalistas como por comunistas, se repiten entre los historiadores extranjeros. Para Michael Alpert, «la flota republicana no contaba con

(1) Fernando y Salvador Moreno de Alborán y de Reyna *La guerra silenciosa y silenciada: historia de la campaña naval durante la guerra de 1936-1939*, 4 tomos (Madrid, Lormo, 1998), tomo 4, parte 2, pp. 3300-3339, y especialmente pp. 3334-3339; Ricardo Cerezo Martínez, *Armada Española: Siglo XX*, 4 tomos (Madrid, Ponente, 1983) tomo 3, pp. 30-35, 128-133, tomo 4, pp. 21-26. Los párrafos entrecomillados son de Moreno y Moreno: *La guerra silenciosa y silenciada*, tomo 4, parte 2, p. 3334; Cerezo Martínez, *Armada Española*, tomo 3, pp. 35; y José Cervera Pery, *La guerra naval española (1936-1939)* (Madrid, San Martín, 1988), p. 128.

(2) «N. Nikolaev» (pseudónimo de N.G. Kuznetsov), «Ispanskii flot v natsionalno-revolutsionnoi voine, 1936-1939gg.» en *Iz istorii osvoboditelnoi borby ispanskogo naroda* (Moscú, Academia nauk SSSR, 1959), pp. 52-44. Su evidencia puede hallarse en sus informes oficiales «Doklad morskogo sovetnika glavomu voennomu sovetniku.» 30 agosto 1937, en fond 32082, opis 1, delo 23, listy, 51-53, Rossiiskii Gosudarstvennyi Arkhiv (Archivo estatal ruso militar), Moscú [RGVA] y «Obzor operatsii c momenta myatezha gen. Franko (18 iyulya 1936g) do 1 iyulya 1937g.» en f. r-1529, op. 1, d. 120, ll, 138-149, Rossiiskii Gosudarstvennyi Arkhiv Voenno-Morskogo Flota (Archivo estatal ruso naval), San Petersburgo [RGAVMF]

(3) IBÁRRURI, Dolores: *El único camino*. Progreso, Moscú, 1976, pp. 498-500.

mandos suficientes. No eran aptos, por su inexperiencia o por su falta de adhesión, ni para el mando de los buques ni para los órganos de dirección». El autor de este artículo había llegado a la misma conclusión, afirmando que «la República dispuso de los elementos suficientes para la victoria, tanto cuantitativos como estratégicos, pero no fue capaz de organizarse ni tuvo la visión suficiente para sacar partido de ellos» (4).

Otra interpretación del fracaso republicano favorecida por los historiadores españoles es la existencia de una supuesta estrategia defensiva, impuesta por los asesores navales soviéticos, con Kuznetsov a la cabeza, que habría sido la causa de la inactividad, de la falta de eficiencia y de la baja moral. «El mando naval rojo, influido por los consejeros soviéticos —escriben los hermanos Moreno de Alborán—, cometió el error de desatender por completo la destrucción de la Flota nacional». Cervera Pery coincide con este dictamen y afirma que los mandos navales republicanos no pudieron

«resistir a la imposición de la estrategia defensiva soviética (...) Los asesores soviéticos (...) entendieron siempre el planteamiento de una defensa activa según los términos y los medios de la flota soviética, cuya imagen y semejanza conceptuales quería inculcar en la española. No parecían captar los logros que podrían obtenerse con el empleo racional de una potente flota de superficie compuesta de cruceros y destructores que cuando no escoltaban convoyes se limitaban a permanecer en puerto, en vez de concentrar y dirigir sus esfuerzos contra un enemigo potencialmente más débil» (5).

Investigaciones posteriores han llevado al autor de este artículo a la conclusión de que estas interpretaciones, a pesar de haber contribuido él mismo a su difusión, resultan erróneas e insuficientes. El factor humano no fue la única causa de la derrota; un análisis en profundidad de la actuación de la flota republicana debe revisar esta interpretación tradicional. Las valoraciones negativas del personal de la Marina republicana soslayan dos factores esenciales: su habilidad para ir mejorando con el paso del tiempo, y las dificultades con las que tuvieron que enfrentarse sus mandos. La casualidad o la genialidad podrían haber resuelto algunas, pero los marinos republicanos las veían como insuperables. Aun disponiendo de mandos navales expertos, la tarea era sumamente difícil. Este estudio plantea que, dadas las circunstancias, la Marina republicana hizo lo que pudo.

(4) ALPERT, Michael: *La Guerra Civil española en el mar*. (Crítica, Barcelona, 2008) (2ª ed.), pp. 391; Willard C. Frank, Jr, «Naval Operations in the Spanish Civil War, 1936-1939», *Naval War College Review*, XXXVII, núm. 1 (enero-febrero 1984), pp. 46-47.

(5) MORENO, F. Y S.: *La guerra silenciosa y silenciada*, t. 4, parte 2, pp. 3304; Cervera Pery: *Guerra*, p. 128. Véanse también CEREZO: *Armada española*, t. 3, pp. 219-220, y FRANK: «Naval Operations», pp. 39-40.

El material de las dos flotas

En 1936 la Marina española era una fuerza moderna y de cierta entidad, que ocupaba el octavo lugar en la clasificación mundial, sólo superada por las marinas que participaron en la segunda guerra mundial. La sublevación militar de julio y la revolución político-social que desencadenó dividieron a la nación y a la Flota. Al estallar la guerra, la mayor parte de ésta, que constaba de un viejo acorazado aún operativo, tres cruceros, 12 destructores y 12 submarinos, quedó al servicio de la República. Los pocos buques en poder de los rebeldes, un viejo acorazado en la reserva, un crucero y un destructor, no constituían una fuerza capaz de hacerle frente. Ambos bandos tenían buques en construcción, que irían entrando en servicio. La República alistó cuatro destructores, mientras que los nacionales, que disponían de mejor infraestructura, pusieron en servicio dos cruceros pesados, tres minadores y un cañonero; más adelante también reacondicionaron un viejo crucero. En cuanto a la ayuda exterior, la República sólo recibió cuatro lanchas torpederas de la Unión Soviética, mientras que los nacionales dispusieron de dos submarinos y cuatro viejos destructores italianos, así como de nueve lanchas torpederas italianas y alemanas. Además, la calidad del material y del servicio de mantenimiento de los nacionales fue mejorando con el tiempo. En resumen, la flota republicana, que empezó la guerra con una superioridad material manifiesta, fue perdiendo ésta en favor de su contrincante.

En la valoración del desarrollo y resultado de la guerra deben considerarse *conditio sine qua non* las ventajas de la Marina nacional: sus mandos, su estrategia, la ayuda activa de la Alemania nazi y de la Italia fascista, la posición geoestratégica, los arsenales y las bases. Desde Ferrol y Cádiz controlaba las rutas del Atlántico, lo que facilitaba los suministros. En el Mediterráneo, donde se centró la lucha por el dominio de las comunicaciones, la República sólo disponía de una base principal, Cartagena, otra de menor entidad en Mahón y varios puertos comerciales importantes. Los nacionales, en cambio, sólo podían utilizar la bahía de Palma de Mallorca, que ofrecía poco resguardo. Los aliados de los nacionales, formando un eje político para la dominación de Europa y el Mediterráneo, fueron mucho más eficaces en el suministro de material de guerra y en las operaciones ofensivas y defensivas que el principal aliado republicano, la Unión Soviética.

La revolución contra la unión patriótica

Tal y como reconocen las interpretaciones tradicionales, desde el principio, los nacionales llevaron ventaja en el factor humano. Durante la primavera y el verano de 1936 las tensiones político-sociales fueron aumentando, y aunque todo el mundo llevaba una vida normal, aumentaba la sensación de que algo grave iba a suceder. El intento de pronunciamiento del 17 de julio desencade-

nó una feroz revolución social por parte de la izquierda en todo el país, que no fue menos virulenta en la Armada, donde afloraron los viejos rencores del personal subalterno, especialmente entre los suboficiales auxiliares que habían decidido hacer carrera en la Marina. Existía una enorme distancia entre «marinos» y «marineros». Los subalternos estaban resentidos por el espíritu de casta del Cuerpo General (6), por eso pasaron inmediatamente a la acción en cuanto se enteraron de que había oficiales que habían decidido pasarse a los nacionales. Estos acontecimientos pronto quedaron inmersos en el movimiento proletario general y el torbellino de la lucha de clases, cogiendo desprevenidos a la mayoría de los oficiales, que no estaban al corriente del golpe de Estado. Como consecuencia se encontraron indefensos frente a una marinería hostil y armada, consciente de la diferencia de castas, y actuaron como buena mente pudieron.

La lucha de castas y clases dividió a la Marina republicana, mientras que aglutinó al personal menos numeroso de la nacional bajo la bandera del patriotismo español. En la primera el fervor revolucionario mantuvo la moral de combate, pero también suscitó divergencias entre anarquistas, socialistas y comunistas que no contribuyeron ni a la unidad ni a la eficacia. Los anarquistas, en particular, veían cualquier orden o intento de restablecer la disciplina como un atentado contra su libertad. Todos los oficiales, incluso los francmasones y los liberales, eran sospechosos de ser hostiles a la República y rebeldes camuflados.

Las dotaciones depusieron a los oficiales y dirigieron los buques mediante comités de subalternos, cabos y marineros, con la ayuda de algunos oficiales jóvenes que, si bien seguían siendo sospechosos, continuaron en servicio. La mayoría de los miembros del Cuerpo General fueron fusilados en las primeras semanas, víctimas de las venganzas de marineros y civiles agraviados que se tomaron la justicia por su mano. Los que sobrevivieron, excepto unos pocos leales a la República, que se adaptaron a la revolución y aceptaron la nueva situación, no tenían otro motivo que el miedo para continuar en sus puestos. Así, al principio la Flota perdió capacidad de combate, pero los equipos técnicos y los conocimientos de las tripulaciones, necesarios para el manejo de un moderno buque de guerra, se mantuvieron, y su eficiencia fue mejorando con el tiempo.

(6) El significado de *casta* utilizado aquí es el de una oficialidad de origen y costumbres aristocráticas, con un fuerte espíritu corporativista, altamente consciente de su superioridad cultural y social, que trata con profundo desdén y desconsideración al resto del personal perteneciente a castas «inferiores». Estas actitudes y conductas son un fenómeno relativamente común en las diversas marinas desde mediados del siglo XIX hasta mediados del XX. Se trata, pues, de una categoría más restrictiva que la de clase. Sus rasgos comunes y sus diferencias con otras castas «inferiores» se estudian en Peter Karsten, *The Naval Aristocracy: The Golden Age of Annapolis and the emergence of Modern American Navalism*, Nueva York, The Free Press, 1972; Ronald Chalmers Hood III, *Royal Republicans: The French Naval Dynasties Between the World Wars*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1985; y Christopher McKee, *Sober Men and True: Sailor Lives in the Royal Navy, 1900-1945*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2002.

En los primeros meses se produjo un gran distanciamiento entre los oficiales del Cuerpo General y los maquinistas, la gran mayoría de auxiliares, cabos y marineros. Los del primer grupo todavía en servicio suscitaban desconfianza: fueron despojados de su autoridad y los comités electivos tomaron el mando. En estas circunstancias, los oficiales temían por su vida, mientras que los marineros, llenos de fervor revolucionario, tomaban las decisiones por el procedimiento de la mayoría, sin por eso ser capaces de manejar los buques de forma efectiva, y mucho menos de llevar a cabo operaciones de guerra (7).

Los nacionales conservaron sus cuadros de oficiales, reemplazando a los elementos izquierdistas de las dotaciones con personal de tierra sin experiencia que pronto alcanzó un nivel de eficacia superior al de la flota republicana. La Marina nacional disfrutó de un grupo de oficiales competentes, emprendedores y con sentido de la estrategia, entre los que destacó el capitán de navío (pronto vicealmirante) Francisco Moreno Fernández, el más sagaz y agresivo de ambos bandos. Estos marinos eran leales a la causa nacional, tenían plena confianza en la victoria y forjaron dotaciones disciplinadas y competentes. Moreno tenía una visión clara de la estrategia a seguir y sabía cómo ponerla en práctica. Mantuvo constantes diferencias de criterio con su jefe, el vicealmirante Cervera, más cauto a la hora de asumir riesgos. La opinión de Moreno no siempre prevaleció, pero sus operaciones se centraron, en primer lugar, en desbaratar las comunicaciones del enemigo y, en segundo, en asegurar las propias (8).

La mayoría de los oficiales mantenían una distancia infinita con la marinería, sin prestar atención a sus problemas personales ni tratarla con el debido respeto. El resultado fue que la marinería hizo causa común con los auxiliares; de este modo, la revolución y la lucha de castas y clases adquirieron mayor virulencia. El jefe de la misión naval italiana, capitán de navío Giovanni Ferretti, comentaba que la mayoría de los oficiales españoles tenían en grado sumo «il solito abito mentale del “Parasita”,... noncurante e ozioso» [el hábito mental general del «Parásito»...indiferente y ocioso], mientras mostraban

(7) Los archivos españoles contienen gran cantidad de detalles sobre la revolución en la flota, con la clara intención de condenarla. Véase el Expediente Nacional del 18 de Julio (llamado «Colomina»), AN 94-2 & AR 1, Servicio Histórico de la Armada [SHA] 8921. Archivo General de la Marina Don Álvaro de Bazán, El Viso del Marqués [AB]. Sin embargo, los archivos contienen poca información sobre la evolución de las relaciones sociales en el seno de la flota. Esta falta de información es subsanada en parte por los extensos informes emitidos por los asesores militares soviéticos, relativos al liderazgo, la disciplina y la moral. Véase Capitán de Navío de tercera clase N.P. Annin, y otros, «Operatsii voenno-morskogo flot Ispanskoi Respubliki: Obzor operatsii c momenta myatezha gen. Franko (18 iyulya 1936g) do 1 iyulya 1937g», f.r-1529, op.1, d, 120, ll. 120-132, 137-149, RGAVMF.

(8) Moreno dejó escrito un resumen de su pensamiento estratégico y operativo en «Importancia e influencia del poder marítimo durante la guerra Nacional española» *Almanaque naval 1941-XIX* (Milán, Ministerio de la Marina de Italia, 1940), pp. IX-XXI. Sus hijos han estudiado minuciosamente el papel desempeñado por su padre en el trabajo más completo sobre la guerra civil en la mar publicado hasta la fecha, *La guerra silenciosa y silenciada*. Para conocer los puntos de vista de Cervera, véase Cervera Valderrama, Juan: *Memorias de guerra*. Editora Nacional, Madrid, 1968.

desprecio incluso por los auxiliares con rango de oficial, particularmente los maquinistas, lo que provocaba su animadversión. Un marinero que estuvo a sus órdenes le confesó que «se gli ufficiali Spagnuoli fossero stati come sono loro, no vi sarebbe stata una marina rossa» [si los oficiales españoles hubiesen sido todos como usted, no existiría marina roja] (9). De todos modos, Ferretti observaba que había notables excepciones, tales como el almirante Moreno, que era consciente del problema, aunque difícilmente podía cambiar una actitud tan arraigada (10). Con el tiempo, las exigencias del servicio y el ambiente de patriotismo se encargaron de cambiarla; se restauró la disciplina y la oficialidad se ganó la lealtad de la marinería, que recuperó su dignidad y se forjó una nueva identidad ligada a la causa nacional. Así, oficiales y marinería actuaron unidos a la hora de deshacer las células republicanas o revolucionarias a bordo, tal y como ocurrió con la conspiración en el crucero *Baleares* cuando se alistaba en Ferrol. Se había forjado una unión patriótica.

La lucha de clases y castas, junto con la purga de mandos, privó a la Marina republicana de sus oficiales más capaces: los revolucionarios los fusilaron a casi todos. Cuando llegó a Cartagena en septiembre de 1936 como asesor naval, Kuznetsov enseguida se percató del daño causado por estas purgas. La delegación de bienvenida del Comité Central de la Flota manifestó con orgullo su espíritu revolucionario elogiando a los marineros por haber eliminado a la mayoría de sus oficiales, siguiendo así el ejemplo de sus camaradas rusos en 1917. Según el testimonio del agregado naval francés, teniente de navío Raymond Moullec, Kuznetsov sorprendió a sus interlocutores al contestarles que «il est exact, qu'en Août 1936 vous avez commis la même sottise que nous en Mars 1917: vous avez supprimé les officiers au lieu de les employer. Comme nous vous le regretterez sans tarder» [es cierto que en agosto de 1936 habéis cometido la misma estupidez que nosotros en marzo de 1917: os deshiciesteis de ellos en lugar de utilizarlos, y como nosotros, pronto lo lamentareis] (11). Después de los sucesos de julio y agosto no cabía esperar una solución más razonable, análoga a la de la Marina soviética, en la que muchos oficiales zaristas sirvieron como «especialistas». Alpert seguramente tiene razón al afirmar que «sería erróneo creer que algo más de una mínima parte de los jefes y

(9) Esta visión tan crítica de la mayoría de los oficiales que servían en la Marina nacional a los que el capitán de navío Giovanni Ferretti, en su informe del 12 marzo 1937, calificaba de blandos y egocéntricos, fue considerado lo suficientemente importante para someterlo a la consideración del propio Mussolini: «Notizie e considerazioni sulla Marina spagnuola bianca,» en busta 95, Ufficio Spagna, «Spagna, Fondo di Guerra,» Archivio Storico-Diplomatico, Ministero degli Affari Esteri, Roma [MAE-US].

(10) *Ibidem*. Ferretti tuvo conversaciones íntimas con Moreno acerca de la mentalidad de los oficiales navales.

(11) [Raymond] Moullec, « Intervention soviétique dans la guerre de Espagne : Opinion des espagnols sur la marine russe », Al Ministro de Marina, París, N. L-118, 28 Septiembre 1938, Tsentr Khraneniya istoriko- dokumentalnykh kolleksii [Centro para almacenar las colecciones histórico-documentales], Moscú [TsKhIDK], f. 211, op. 1, d. 1048, ll. 38-39. Éste es uno de los muchos archivos franceses capturados por los alemanes en la segunda guerra mundial, y más tarde requisados por los soviéticos y llevados a Moscú, donde permanecieron mientras el gobierno francés negociaba su devolución.

oficiales que fueron asesinados o encarcelados, en caso de haber sido tratados de otra forma habrían servido lealmente como mandos de la flota gubernamental» (12).

La actitud y la conducta de los auxiliares al frente de los comités de la flota impidieron una dirección competente. Se daba la contradicción de que los condicionamientos psicológicos y sociales de la dinámica revolucionaria impedían el triunfo de la revolución. La incompatibilidad entre eficacia militar y revolución, entre medios y fines, existió durante toda la guerra. Cabos y auxiliares se disputaban el honor de haber iniciado la revolución, siendo los segundos quienes jugaron el papel principal, mientras que las rencillas entre los escasos oficiales en servicio eran frecuentes (13). A fines de 1936, ya enfrentados con la cruda realidad de la guerra, algunos reconocieron que el fervor revolucionario era incompatible con la eficacia militar. Mientras los anarquistas seguían aferrados a su afán revolucionario, comunistas y republicanos apostaron por la eficacia; los socialistas, menos activos, adoptaron una actitud intermedia. El comisario político socialista Bruno Alonso actuó con energía, restableciendo la unidad y la disciplina. Mientras tanto, desde finales de 1936 los oficiales fueron recuperando su autoridad y crearon el Estado Mayor Central como organismo de dirección estratégica. No obstante, la discrepancia entre los recursos disponibles y los objetivos a alcanzar continuó socavando la unidad y el poder naval republicanos, al principio mediante continuas polémicas internas, más tarde por agotamiento y desaliento (14).

Las relaciones personales en los dos bandos eran, pues, complejas, con elementos positivos y negativos; mientras que en el bando del Gobierno estaban basadas en la lucha de castas y clases, en el nacional estaban basadas en el patriotismo, lo que significaba una notable diferencia en términos de efectividad.

Las primeras dificultades estratégicas

Además del impacto negativo de la revolución, al principio de la guerra la Marina republicana tuvo que sufrir las consecuencias de la intervención extranjera y los errores estratégicos del poder civil.

Si analizamos las primeras medidas, la decisión de bloquear el Estrecho para aislar al Ejército de África en Marruecos, tomada por los auxiliares que habían asumido el mando, era acertada, si bien las órdenes del ministro dispu-

(12) ALPERT: *La guerra civil española en el mar*, p. 391.

(13) Las comunicaciones interceptadas por los nacionales reflejaban las discrepancias entre cabos y auxiliares, recogidas por Ferretti en su informe de 12 de marzo de 1937. Vicente Ramírez nos brinda un ejemplo de las fuertes disputas entre los oficiales republicanos en sus memorias inéditas «Un poco de historia (lo que hablé con Ruiz)».

(14) El choque entre la revolución y la eficacia militar se manifiesta en una gran variedad de documentos, tanto españoles como soviéticos. No existe ningún estudio académico acerca de estas dinámicas tanto sociales como psicológicas en el seno de la Marina republicana, pero constituyen un elemento esencial de mi trabajo «Marinos soviéticos con la flota republicana durante la Guerra Civil», *Cartagena Histórica* (en prensa).

sieron otra cosa. Además, quien afirma que la República careció de mandos capaces olvida que las circunstancias fueron cambiando a medida que pasaba el tiempo. En los primeros meses el fervor revolucionario prevaleció, los oficiales novatos que sustituyeron a los depuestos carecían de experiencia y de dotes de mando, y temían por su vida. Es precisamente entonces cuando la flota republicana disfrutó del dominio del Mediterráneo y del Estrecho. Con el tiempo, estos oficiales fueron formándose y ganando en profesionalidad, si bien no pudieron sacar partido de ello. Factores fuera del ámbito naval, que favorecieron al mismo tiempo el control por los nacionales del Estrecho y de las comunicaciones en el Mediterráneo, lo impidieron.

El poder naval suele contribuir a la victoria de forma indirecta. Sus efectos se notan sólo al cabo del tiempo; no tienen la espectacularidad de las batallas terrestres y los cambios en la línea del frente. Así ocurrió en la Guerra Civil, en la que las funciones principales de las marinas contendientes eran las tradicionales de protección de las comunicaciones propias y ataque a las del enemigo. En el caso que nos ocupa su mantenimiento era fundamental: el esfuerzo bélico de ambos bandos dependía de los suministros que recibían por vía marítima. Este objetivo lo consiguieron ambos contendientes; los republicanos, durante los dos primeros tercios de la guerra, mientras tuvieron probabilidades de ganar; los nacionales, con la ayuda de fuerzas extranjeras, durante toda la guerra, excepto las primeras semanas. En cuanto al ataque, la Marina republicana lo abandonó después de los primeros meses, mientras que los nacionales y sus aliados lo practicaron con éxito creciente, aunque sin llegar a cortar del todo los suministros al enemigo. Las prioridades cambiaban con las circunstancias.

Las ideas estratégicas de los dirigentes republicanos no carecían de sentido común. José Giral, ministro de Marina al producirse el alzamiento, ordenó el bloqueo del Estrecho; Benjamín Balboa, oficial tercero del Cuerpo de Auxiliares Radiotelegrafistas en Madrid, por su parte, actuó por iniciativa propia, transmitiendo instrucciones a las tripulaciones de todas las unidades de detener a los oficiales y tomar el mando. Así dirigida desde la capital, mandada ya por los oficiales auxiliares, el grueso de la Flota se desplegó en la zona del Estrecho, impidiendo así el paso de la punta de lanza de la rebelión. Los 32.000 hombres que constituían el poderoso Ejército de África, mandado por el general Franco, no pudieron pasar a la Península, marchar rápidamente sobre Madrid ni derrocar al gobierno de la República, tal y como estaba previsto. Durante más de dos meses el bloqueo fue eficaz, dando tiempo a que el Gobierno organizara la defensa y a que el movimiento revolucionario se calmara. A finales de septiembre sólo 3.500 hombres habían podido sortear el bloqueo, mientras que otros 12.800 pudieron cruzar en aviones nacionales y alemanes. Gracias a la Marina republicana, a finales de septiembre sólo la mitad del Ejército de África había llegado a la Península. Como las columnas nacionales estaban compuestas en un 90 por 100 por tropas coloniales, la marcha sobre Madrid se retrasó, y llegó sólo hasta Toledo. De este modo el Gobierno pudo disponer hasta noviembre para organizar la defensa de la capi-

tal, lo que dio tiempo a que llegaran los carros y aviones procedentes de la Unión Soviética y las Brigadas Internacionales. Está, pues, fuera de toda duda que la estrategia de bloqueo dio resultado: mientras se aplicó, el grueso de la única fuerza capaz de asegurar un triunfo rápido de la rebelión quedó aislado en África (15).

La intervención de fuerzas extranjeras, que cambió esta situación favorable a la República, presentaba cuatro facetas: el apoyo aéreo italiano y alemán a Franco; la negativa internacional a reconocer el bloqueo, privando así a los buques republicanos de ejercer el derecho de visita; el seguimiento de los buques republicanos, tanto de guerra como cargueros con material de guerra, por parte de las fuerzas navales del Eje, que informaban puntualmente a los nacionales; y el Acuerdo de No-Intervención, por el que se prohibía a la República comprar material de guerra, mientras que italianos y alemanes suministraban clandestinamente a los nacionales. Estos cuatro problemas requieren un examen detenido.

Desde finales de julio los aviones del Eje participaron impunemente y en número creciente en el transporte de tropas y en los ataques a los buques bloqueadores. Debido a la coordinación defectuosa entre las distintas unidades de la Aviación republicana (16) y al caos reinante al principio, era poco probable que se produjese una concentración de fuerzas en la zona del Estrecho. Si se hubiese podido lograr, la inferioridad de medios humanos y materiales de la fuerza aérea republicana frente a sus homólogas italiana y alemana habría supuesto la derrota. Además, los regímenes políticos de Alemania e Italia, donde la voluntad y la fuerza eran valores predominantes, hubieran iniciado una escalada del conflicto. La República no contaba con aliados para disuadir a las potencias del Eje, cuyas fuerzas navales estaban presentes en la zona. El temor a que aquellas aumentasen su ayuda aérea y sus buques entrasen en acción, lo que significaría el fin del bloqueo, fue una constante pesadilla para el Gobierno.

El 17 de julio la República estableció el bloqueo *de facto* del Protectorado y el 9 de agosto declaró oficialmente que estaba «sometido a bloqueo», situación que el 11 extendió a los puertos rebeldes de la Península. El 20 de agosto reiteró a los gobiernos extranjeros que todos los puertos en manos de los rebeldes estaban en zona de guerra, sometidos a bloqueo, y que se impediría el paso a los buques extranjeros con carga para los rebeldes. De acuerdo con el derecho internacional, para que el bloqueo fuese reconocido por los gobiernos extranjeros debía ser efectivo y ambos bandos habían de tener la condi-

(15) «Zu dem Stand der Bearbeitung der Geschichte der Legión Condor: 1. Das „Unternehmen Feuerzauber“, 8 marzo 1940, RL 2 IV/1 3187, Bundesarchiv-Militärarchiv, Freiburg im Breisgau [BA-MA]; Willard C. Frank, Jr., «La bandera republicana dominó el mar», *Historia* 16, núm. 20 (Diciembre 1977), pp. 68-78; Frank, «Naval Operations», pp. 28-30; MORENO, F. Y MORENO, S.: *La guerra silenciosa y silenciada*, t. I, pp. 643-733.

(16) Entre los varios estudios existentes, el más reciente y mejor documentado es el de Jesús Salas Larrazábal *Guerra Aérea, 1936-1939*, 3 tomos. Instituto de Historia y Cultura Aeronáuticas, Madrid, 1998-2000, tomo I, pp. 60-68, 108-114, 125-130, 134-138, 142-144 y *passim*.

ción de beligerantes. Francia e Inglaterra temían reconocerlo por los perjuicios que sufriría la navegación a través del Estrecho, la ampliación de la zona de guerra que suponía y el riesgo de incidentes con las potencias del Eje. Por eso los buques de guerra británicos, franceses, italianos y alemanes intervinieron para evitar que el bloqueo se hiciese efectivo. Al no conceder la beligerancia a los nacionales, se les negaba el reconocimiento internacional, pero en los primeros meses de la guerra la actitud de Inglaterra y Francia perjudicó a la República, al impedirle interceptar los envíos de material de guerra a los puertos rebeldes (17).

La fuerte presencia naval extranjera en aguas españolas, pues, impidió que el bloqueo republicano fuese efectivo. Cuando a principios de agosto se les negó la entrada a dos mercantes alemanes en el puerto de Larache, el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán proclamó que Alemania «no toleraría más interferencias con los buques alemanes que se dirigiesen a puertos españoles». El 18 de agosto, en un incidente que provocó la declaración española del 20, el buque alemán *Kamerun*, cargado con armas para Cádiz, fue interceptado por el crucero *Libertad* y el destructor *Almirante Valdés*, hasta que apareció el torpedero alemán *Leopard*; los buques republicanos tuvieron que dejarle seguir su camino. Esta vez la protesta alemana subió de tono, anunciando que «los buques de guerra alemanes utilizarían todos los medios a su alcance para proteger a los mercantes de su nación contra similares violaciones del derecho de gentes en aguas internacionales». La República trataba de evitar verse envuelta en hostilidades con la Marina alemana, que mantenía un importante despliegue en la zona. El 26 de agosto un submarino republicano ordenó detenerse al vapor alemán *Schleswig*, que salía del puerto de Ibiza; éste hizo caso omiso y el submarino no pudo hacer nada para impedirlo (18). El 23 de agosto el crucero *Miguel de Cervantes* trató de interceptar al mercante británico *Gibel Zerjon*, que hacía la línea Gibraltar-Melilla. Ante la intervención del destructor británico *Codrington*, apoyado por el crucero de batalla *Repulse*, el crucero español tuvo que abandonar la zona. Dos días más tarde el *Gibel Zerjon* entró en Melilla sin novedad, escoltado por el destructor *Wolsey* (19). Estos incidentes, junto con otros ocho más, ilustran las dificultades con que los buques republicanos se encontraron en los meses de julio y agosto al intentar ejercer el bloqueo. La defensa del derecho internacional significó que los buques de bandera inglesa, francesa, norteamericana, portuguesa, noruega y sueca pudieron burlar el bloqueo, entrando sin ser molestados en los puertos nacionales. Como el Gobierno quería evitar enfrentarse con las poderosas fuerzas del Eje y enemistarse con las potencias democráticas, no le quedó más

(17) Sobre la ley de beligerancia y bloqueo que se aplicó en la guerra civil española véase PADEFORD, Norman J.: *International Law and Diplomacy in the Spanish Civil Strife*. Mac Millan, Nueva York, 1939, pp. 3-12, 25-28.

(18) MANFRED Merkes: *Die deutsche Politik im spanischen Bürgerkrieg, 1936-1939*, 2a ed. (Bonn, Röhrscheid, 1969), pp. 166-167. Los archivos están incompletos, pero el submarino en cuestión tiene que ser uno de los que entonces operaban en zona, el B-4 o el B-5.

(19) *Repulse* Letter of Proceedings, No.191/2158, 29 de agosto de 1936, ADM 116/3051, The National Archives, Londres [TNA].

remedio que dejar en paz a los buques de bandera extranjera. Sin embargo, aún se produjo otro incidente el 23 de diciembre, cuando el vapor alemán *Palos* fue apresado y conducido a Bilbao, donde se desembarcó un pasajero y parte de la mercancía, considerada como contrabando. Alemania reaccionó apresando a su vez los buques españoles *Aragón*, *Sotón* y *Marta Junquera*, amenazando con continuar si no se devolvían la carga y el pasajero. El Gobierno cedió y dos de los buques fueron devueltos; el *Aragón* y su carga se entregaron a los nacionales (20). Después de estos acontecimientos, la República cesó en sus intentos, inútiles y peligrosos, de hacer respetar el bloqueo a los buques extranjeros.

Desde los primeros días del alzamiento, antes de que Italia y Alemania reconociesen oficialmente el gobierno de Franco en noviembre de 1936, sus unidades navales pasaban información a los nacionales. Con el pretexto de evacuar a sus ciudadanos en peligro, entraban en los puertos de la zona republicana, donde observaban y comunicaban los movimientos de buques de guerra y mercantes cargados con material de guerra. Después siguieron informando sobre las actividades de la flota republicana en el Estrecho y establecieron puntos de observación en los Dardanelos. Este dispositivo se completó con los destructores italianos destacados en el canal de Sicilia, que vigilaban los buques españoles y soviéticos con destino a puertos españoles (21). De este modo los nacionales disfrutaron de un conocimiento de las operaciones del enemigo que el gobierno de la República no podía adquirir ni contrarrestar sin exponerse a entrar en guerra abierta con las potencias del Eje, una eventualidad que quería evitar a toda costa.

A los problemas de la intervención extranjera y la negación del reconocimiento de beligerancia se sumó el de la No-Intervención. El gobierno francés, con el Frente Popular en el poder, en un principio envió ayuda a la República, que pronto cesó debido a discrepancias políticas internas y la creciente intervención alemana e italiana; al final cedió a las presiones inglesas, proponiendo un pacto de no-intervención entre los gobiernos europeos, con el objetivo de que el conflicto se extendiese. Firmado por los 27 estados, entró en vigor a principios de septiembre; en él se acordó no exportar material de guerra a ninguno de los contendientes. Entonces se temió en Italia y Alemania que Inglaterra y Francia trataran de hacerlo efectivo, pero resultó muy fácil de burlar. Sólo hubo protestas por parte de la Unión Soviética, que la diplomacia británica se ocupó de acallar. Por tanto, la ayuda a los nacionales continuó,

(20) Kriegstagebuch des Befehlhabers der Panzerschiffe, 13 de diciembre de 1936-24 de marzo de 1937, RM 30/9, BA-MA; Merkes, *Die deutsche Politik*, pp. 190-192.

(21) Los diarios de guerra (*Kriegstagebucher*) de la Marina alemana en BA-MA y los informes de los barcos de guerra italianos en USMM están repletos de pruebas de estas actividades. El SHA se hizo con grandes cantidades de fotografías de buques mercantes sospechosos de ayudar a la República. Véanse también Merkes, *Die deutsche Politik*, pp. 147-148; Hans-Henning Abendroth, *Hitler in der spanischen Arena* (Paderborn, Schöning, 1973), pp. 58-59; Franco Bargoni, *L'impegno navale italiano durante la guerra civile spagnola (1936-1939)* (Roma, Ufficio Storico della Marina Militare, 1992), pp. 78-87, 124-128, 130-131; y Patrizio Rapalino: *La Regia Marina in Spagna, 1936-1939*. Mursia, Milán, 2007, pp. 141-155.

hasta el punto que los buques destinados a sus puertos eran escoltados por unidades del Eje en el último tramo de su trayecto. Mientras tanto, Gran Bretaña y los otros neutrales se negaban a proporcionar a la República las armas que le habrían permitido defenderse (22).

Durante las primeras semanas de la guerra la flota republicana se enfrentó al gran desafío de combatir a unos insurrectos fuertemente apoyados por las potencias del Eje sin llegar a una confrontación directa con ellas, lo que hubiese significado la superioridad decisiva de las fuerzas franquistas. Si a esto se le suma la aplicación desigual del Acuerdo de No-Intervención, se puede ver la magnitud de las dificultades, que no pudieron resolverse ni diplomática ni militarmente. Por supuesto, la solución a estas complicaciones estaba fuera del alcance de los comités de mando, que empezaron a desviarse de sus objetivos principales.

* * *

A la intervención extranjera se le sumó la desacertada estrategia del poder civil. En agosto de 1936 una abigarrada fuerza de milicianos al mando del capitán Alberto Bayo, apoyada por la Flota, efectuó una operación de desembarco en Mallorca. El objetivo era liberar la isla; los motivos eran la ideología del nacionalismo catalán. Por su situación, la isla dominaba las rutas a los puertos peninsulares del Mediterráneo, lo que le daba gran importancia en el caso de un conflicto prolongado, aunque inicialmente se pensó que la guerra sería de corta duración. La expedición se emprendió en circunstancias difíciles; una vez en tierra, perdió pronto la iniciativa, aunque se sostuvo en la cabeza de puente y Bayo llegó a planear una ofensiva. Aprovechando que el dominio del mar estaba en manos republicanas, solicitó apoyo naval y refuerzos para intentar otro desembarco tras las líneas enemigas. Nadie en el Gobierno reconoció el valor estratégico de Mallorca, ni siquiera cuando, el 19 de agosto, los primeros aviones italianos con base en la isla hicieron aparición. Aunque la aviación republicana les obligó a retirarse, su mera presencia demostraba que el enemigo sí apreciaba esta importante posición.

En aquel momento, mientras las fuerzas nacionales avanzaban y se producía una crisis de gabinete en Madrid, Indalecio Prieto, que había tomado el Ministerio de Marina como base de sus actividades, difundió su opinión en contra de la operación. Este ambicioso político, que se estaba labrando un puesto de mayor importancia en el próximo cambio de gobierno, publicó el 26 de agosto un artículo en el *El Liberal* de Bilbao, reproducido al día siguiente en *Informaciones* de Madrid, en el que afirmaba que la expedición de Bayo

(22) No existe un estudio completo sobre el Comité de No-Intervención; de todas formas, puede ser útil consultar BOWYER BELL, John: «The Non-Intervention Committee and the Spanish Civil War, 1938-1939», tesis doctoral manuscrita, Duke University, 1958. Para el material de guerra y las tropas que eludían el Acuerdo de No-Intervención, véase Willard C. Frank, Jr., «Político-Military Deception at Sea in the Spanish Civil War, 1936-1939», *Intelligence and National Security*, V, núm. 3 (julio 1990), especialmente pp. 93-95.

había sido un fracaso y una mala utilización de los milicianos, que podían emplearse con mayor provecho en la Península. A continuación se burlaba de la posibilidad de que la Isla llegase a constituir una amenaza para la República, porque «no iban a venir los mallorquines a nado, con su fusil a la espalda, a invadirnos por Levante, y de otro modo imposible, por carecer de medios para el desembarco» (23). El Comité Central de la Flota estuvo de acuerdo: centrada su atención como estaba en el Estrecho, su apoyo a Bayo habría sido una distracción. No prestó la mínima atención a la información recibida sobre las fuerzas italianas que se estaban concentrando en la isla. A partir del 28 de agosto, la presencia de altos mandos fascistas como el «Conde Rossi», y el ataque de aviones de última generación a las posiciones de Bayo, se inició la escalada de la intervención italiana y las operaciones de los nacionales en el Mediterráneo occidental. Los militares catalanes estaban a favor de un nuevo desembarco para atacar de flanco a los defensores, un plan factible que por lo menos no habría debilitado el bloqueo del Estrecho. No obstante, el criterio de Prieto prevaleció, y Bayo, conminado a retirarse so pena de perder el apoyo naval; no tuvo más remedio que abandonar la isla el 4 de septiembre (24).

El abandono de Mallorca fue un grave error: permitió que en los meses siguientes la isla se convirtiese en una importante base de la Legión Cóndor alemana, la Aviación Legionaria italiana y la flota nacional. Pronto estas fuerzas amenazaron el tráfico marítimo, los puertos republicanos y la costa de Levante, con la posibilidad de un desembarco. Como consecuencia, Menorca, que había permanecido fiel al Gobierno, quedó neutralizada como base de operaciones. Este episodio demuestra, por una parte, las dificultades surgidas por la falta de visión estratégica del poder civil y la infundada creencia en una pronta derrota de los insurrectos, y por otra, la imposibilidad de contrarrestar la intervención italiana sin provocar una escalada del conflicto.

El 4 de septiembre, el mismo día de la evacuación de Mallorca, se constituía en Madrid un nuevo gobierno, presidido por Largo Caballero, en el que Prieto obtuvo la cartera de Marina. Su primera decisión importante como jefe civil de la Armada fue enviar el grueso de la Flota al Cantábrico, donde las tropas nacionales estaban apoyadas por el crucero *Almirante Cervera* y el viejo acorazado *España*, que hostigaban a las poblaciones costeras. Asturiano, socialista moderado y residente en Bilbao, Prieto se sentía muy unido personal y políticamente a la zona. José Antonio Aguirre estaba formando entonces su gobierno autónomo en el País Vasco, por lo que Prieto consideró esencial mantener la lealtad y la moral de combate de los vascos (25).

(23) El texto del artículo de Prieto lo reproduce Josep Massot i Muntaner en, *La Guerra Civil à Mallorca* (Montserrat, L'Abadía de Montserrat, 1976), pp. 179-182.

(24) BAYO, Alberto: *Mi desembarco en Mallorca*. Guadalajara (México), Gráfica, 1944, pp. 124-154; Massot i Muntaner, *La guerra civil à Mallorca*, pp. 168-171.

(25) La afinidad política de Prieto con el Norte se trasluce en la obra de José Carlos Gibaja Velázquez *Indalecio Prieto y el socialismo español* (Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1995) y en la de Alfonso Carlos Saiz Valdivieso *Indalecio Prieto y el nacionalismo vasco*. Laida, Bilbao, 1989.

Con la flota en el Cantábrico, Prieto esperaba mantener la lealtad de los habitantes del Norte, contener el impulso revolucionario, impedir el avance de los nacionales y destruir sus fuerzas navales. También aprovechó la ocasión para transportar las armas y suministros especiales. Escribió un manifiesto para levantar la moral de la marinería, en el que explicaba la misión de ayuda a los camaradas norteños (26). El compromiso del Gobierno con la defensa del Norte, mostrado con el envío de la flota, era un objetivo político importante. Prieto trataba de crear las condiciones favorables a la estabilidad política una vez terminadas las hostilidades, pero su apreciación —excesivamente optimista— de una victoria rápida le hizo olvidar la situación en el teatro de operaciones principal: el Estrecho, donde sólo dejó una pequeña fuerza naval.

Los comités de los buques de la Flota, enardecidos por el manifiesto de Prieto, deseaban ardientemente tomar parte en la expedición. El acorazado *Jaime I* y algunos destructores podrían haber mantenido un bloqueo eficaz del Estrecho, enviándose al Norte sólo las unidades más rápidas, en apoyo de los submarinos que operaban en aquellas aguas. El manifiesto tuvo un efecto contraproducente: estimuló el entusiasmo irreflexivo de las tripulaciones, que prevaleció sobre las consideraciones estratégicas. Así, el comité del *Jaime I* se negó en redondo a quedarse en el Estrecho. El jefe de la Flota, capitán de corbeta Miguel Buiza, que ejercía las funciones de almirante, escuchó con calma las discusiones del Comité Central, limitando su papel a consideraciones técnicas. Los miembros se enzarzaban en largas discusiones sobre las funciones de la Flota, sin reparar en la importancia del bloqueo del Estrecho; las consideraciones sobre la lucha de clases prevalecieron sobre las estratégicas (27). Kuznetsov, que llegó a Cartagena después de tomada la decisión, tuvo que aceptar el hecho consumado, aunque pronto se percató del peligro que suponían unos comités de mando incapaces y el envío de la flota a un teatro de operaciones secundario mientras el Estrecho quedaba prácticamente abandonado. Además, el mando republicano estaba al tanto de que en Ferrol se alistaban los poderosos buques nacionales, que estarían operativos en cualquier momento. Estaba claro, pues, que los riesgos sobrepasaban ampliamente a las posibles ganancias (28).

Al principio, los objetivos de Prieto se cumplieron: al llegar la flota republicana, los buques enemigos se retiraron enseguida a Ferrol. Conscientes de

(26) Orden de Operaciones, 18-20 septiembre 1936, AR 25-13 (II), SHA 9514, AB.

(27) Sobre el viaje de la flota al Norte, véase el informe sin título del capitán de navío de tercera Clase NP Annín, de 17 de agosto de 1937, en RGAVMF, f. r-1529, op. 1, d. 120, II, 1-15. También desde el Norte, Bruno Alonso, quien en breve sería nombrado delegado político (comisario general) de la Flota, observó que el jefe de operaciones de ésta, teniente de navío Pedro Prado, carecía de cualificaciones para ese puesto y se veía intimidado por el comité de subalternos al mando del buque, por lo que no pudo impedir la comisión del error estratégico de enviar la flota al Norte. Véase la obra de Bruno Alonso *La flota republicana y la guerra civil de España (memorias de su comisario general)*. Grafos, México D.F., 1944, p. 26

(28) KUZNETSOV, N. G.: *Na dalekom meridiane: Vospominaniya uchastnika natsionalno-revolyutsionnoi voiny v Ispanii*, 4ª ed. Nauka, Moscú, 2005 (4.ª ed.), pp. 74-82.

sus prioridades estratégicas, los nacionales enviaron al Estrecho el *Canarias*, ya en servicio, y el *Almirante Cervera*. El 29 de septiembre se produjo el combate de cabo Espartel, en el que los dos cruceros sorprendieron a los dos destructores encargados del bloqueo, hundiendo al *Almirante Ferrándiz* y averiando al *Gravina*. A partir de este momento la flota nacional ejerció un dominio indiscutido del Estrecho. Este combate fue uno de los más decisivos de toda la guerra, ya que permitió la llegada de refuerzos a la Península. En pocos días, los dos cruceros protegieron el paso de 8.000 hombres más del Ejército de África, que llegaron a punto para participar en la batalla de Madrid. Durante los tres meses y medio anteriores sólo habían podido cruzar unos 16.000 hombres, la gran mayoría por vía aérea (29). A pesar de la intervención extranjera, la flota republicana había logrado aislar el Protectorado, proporcionando así al Gobierno el tiempo necesario para movilizar sus fuerzas terrestres. La flota nacional, aprovechándose del error de Prieto, creó las condiciones para que el ejército de Franco pudiese enfrentarse a la República con probabilidades de éxito.

Por conseguir ventajas políticas en el Norte, Prieto arriesgó la suerte de la contienda, y con ello, la de vascos y asturianos. Cuando se dio cuenta de su error, ya era tarde: ordenó el regreso de la Flota, pero después del combate de cabo Espartel. Una vez más, el Comité Central debatió largamente la orden, que finalmente «decidió» obedecer. En el viaje de retorno, mientras los nacionales navegaban en su busca, el Comité tuvo a la Flota entera parada seis horas frente a Oporto mientras discutía con los comités de los buques qué hacer con unos pesqueros que se habían capturado. A pesar de haber perdido el dominio del Estrecho, los comités de mando no abandonaron ni su conducta delirante ni su ceguera ante las realidades estratégicas.

Estrategias defensivas y estrategias ofensivas

Mientras los comités olvidaban la importancia del Estrecho, los oficiales y los asesores soviéticos empezaron a pensar seriamente en una estrategia coherente; se habían percatado de que la victoria no iba a ser ni fácil ni rápida. Debido al hondo resentimiento de los subalternos hacia el Cuerpo General, en otoño de 1936 la Marina republicana estuvo falta de un Estado Mayor Central, carencia que los oficiales suplieron con planes de operaciones ofensivas. La tendencia a creer que la Marina republicana jamás tuvo un pensamiento estratégico o planeó operaciones ofensivas es un error.

Escarmentado por el desastre de cabo Espartel, Prieto dio más libertad a oficiales y asesores, que desarrollaron planes de desembarco en los alrededores de Gibraltar, para impedir el cruce de las tropas nacionales. Con el regreso de la Flota a Cartagena se recuperó la superioridad republicana en el Medite-

(29) Parte de Campaña núm. 2, *Canarias*, 3 octubre 1936, AN, 25-13 (10), SHA 9589, AB.

ráneo. Los nacionales se mostraron más prudentes: no podían arriesgar sus preciosos cruceros, sobre todo en operaciones nocturnas, donde estarían expuestos a los torpedos de los destructores enemigos, así que se mantuvieron en aguas del Atlántico o del Estrecho (30). Esta cautela concedió un respiro a los republicanos y les proporcionó la oportunidad de planear nuevas operaciones ofensivas.

Un proyecto de 20 agosto, probablemente idea del jefe de operaciones, Pedro Prado, contemplaba una operación de desembarco para tomar Algeciras y el Campo de Gibraltar. Otro de mucho mayor alcance, de 13 de noviembre, probablemente ideado por Buiza y Kuznetsov, tenía como objetivo un nuevo ataque a las Baleares, esta vez con el apoyo de la Flota. Se iniciaría con una maniobra de distracción sobre Algeciras, simultáneamente desde el mar y desde el frente terrestre de Málaga, cerrando así el Estrecho. Se plantarían minas en los puertos de embarque marroquíes, y la flota bombardearía el puerto de Cádiz, punto de desembarco de las tropas. La aviación republicana se encargaría de atacar a los buques de guerra nacionales, italianos y alemanes (31). La idea de atacar a los buques del Eje es muy probable que fuese una sugerencia soviética; Kuznetsov pensaba que, en lugar de emprender represalias, se retirarían; por eso la propuso en repetidas ocasiones. Sus colegas españoles discrepaban, pues temían una escalada del conflicto. Ésta estuvo a punto de producirse: aunque entonces aquéllos no se enteraron, tras el ataque por error al *Deutschland*, la flota alemana se situó frente a Cartagena y estuvo a punto de bombardear la base naval y de destruir el acorazado *Jaime I*, que acababa de llegar. Sólo la decidida actuación de sus más íntimos colaboradores consiguió calmar la fingida indignación de Hitler, pues se trataba de una de sus estrategias para desviar la atención de las democracias sobre sus planes de rearme y conquista en Europa central. La existencia de potentes baterías costeras capaces de repeler la agresión también influyó en sus asesores; al final, la represalia alemana se limitó al bombardeo de la indefensa ciudad de Almería (32). El jefe de Estado Mayor de la Marina nacional, almirante Cervera, tuvo conocimiento del último plan y lo consideró «bien meditado, todo era factible, adueñados del mar, para lo que tan sólo necesitaban salir de Cartagena». Todavía hubo un tercer plan, similar, elaborado por el nuevo Estado Mayor Central, cuyo jefe era el capitán de corbeta Luis González de Ubieta, precedido de un completo estudio de la presente guerra en el mar (33).

(30) Flota Nacional, Órdenes de Operaciones, AN 25-12 (2), SHA 9479, AB.

(31) «Proyecto de operación para ocupar Algeciras, 20 de Agosto de 1936», AR, N.C.202-3 (8), SHA 8921, AB; CERVERA: *Memorias*, pp. 24-25.

(32) Para las intenciones ofensivas de Kuznetsov, véase, por ejemplo, su informe «Doklad morskogo sovetnika glavnomu voennomu sovetniku» [Informe del asesor naval al asesor militar jefe], 30 de agosto de 1937, f. 35.082, op. 1, d. 23, ll. 47-51, RGVA. Para la actuación de la flota alemana véase Willard C. Frank, Jr, «Cartagena en el punto de mira de la Alemania nazi: el ataque al *Deutschland*», *Cartagena Histórica*, núm. 6 (enero-marzo 2004), pp. 10-11.

(33) CERVERA: *Memorias*, p. 25; «Estudio de la situación marítima actual presentado por el Estado Mayor Central, 2 de enero de 1937», AR, N.C. 202-3 (30), SHA 8921, AB.

Pese a los temores de Cervera, ninguno de estos proyectos llegó a realizarse. Varios factores lo impidieron: la experiencia insuficiente en operaciones conjuntas, la falta de tropas, que no se podían distraer de la defensa de Madrid, el limitado apoyo aéreo disponible y la falta de medios de desembarco limitaban los objetivos a puertos escasamente defendidos. Además, después de la expedición al Norte la mayoría de los buques debían pasar al arsenal para realizar tareas de mantenimiento, por lo que no estarían disponibles durante algún tiempo. A pesar de todo, la disciplina y el entrenamiento de las tripulaciones iban mejorando; también se iba avanzando en la preparación de operaciones ofensivas.

En octubre de 1936 Prieto, de conformidad con Kuznetsov, estableció la protección de los buques soviéticos procedentes del Mar Negro como la máxima prioridad estratégica. El Acuerdo de No-Intervención se había convertido en una farsa: los nacionales recibían la ayuda de Italia y Alemania sin dificultades, mientras que la República sólo recibía pequeñas cantidades de armamento. En estas circunstancias, la ayuda soviética en gran escala podía significar su salvación. A partir de entonces, el Gobierno recibiría puntualmente los envíos de material de guerra soviético, entre los que se encontraban los aviones y carros de combate más modernos llegados a la Península hasta el momento (34).

Sin embargo, cuando los buques soviéticos empezaban a llegar regularmente a Alicante y Cartagena, las potencias del Eje decidieron acelerar la victoria de Franco mediante operaciones clandestinas, sobre todo a base de submarinos. Sus aviones ya habían estado bombardeando los barcos y bases, que sólo disponían de artillería antiaérea para su defensa. A partir del 8 de noviembre los submarinos italianos, y a partir del 30 los alemanes, se desplegaron frente a las costas enemigas. Los objetivos principales eran los buques de guerra, seguidos de los mercantes republicanos o soviéticos, siempre que pudiesen identificarse con certeza. Como los soviéticos sólo entraban en puerto de noche y sin luces de navegación, resultaba imposible identificarlos; no se pudo hundir ninguno. En cambio, el 22 de noviembre, el submarino italiano *Torricelli* torpedeó al *Miguel de Cervantes* frente a Cartagena, averiándolo seriamente, y el 12 de diciembre el alemán *U-34* hundió el submarino *C-3* frente a Málaga. Se produjeron más ataques, con bombardeos nocturnos de puertos por buques italianos. Los restos de torpedos (uno varó en una playa de Tarragona) y cascós de proyectiles delataban su origen italiano; los alemanes, más cuidadosos y con más suerte, mantuvieron el secreto de sus operaciones. Estos ataques culminaron el 14 de diciembre con el

(34) Se pueden consultar tres importantes libros, basados en archivos rusos, referentes al suministro soviético de material de guerra a la República española: HOWSON, Gerald: *Arms for Spain: The Untold Story of the Spanish Civil War*. Murray, Londres, 1998; RYBALKIN, Yurii: *Operatsiya 'X': Sovetskaya voennaya pomoshch republikanskoi Ispanii (1936-1939)* (Operación 'X': Ayuda militar soviética a la España republicana [1936-1939]). Airo-XX, Moscú, 2000), y KOWALSKY, Daniel: *La Unión Soviética y la Guerra Civil española: una revisión crítica*. Crítica, Barcelona, 2004.

hundimiento del mercante soviético *Komsomol* por el *Canarias*, a plena luz del día. Desde este momento fue preciso escoltar a los buques cargados de material de guerra (35).

Conocidos como *Igreks* (buques «Y»), al principio navegaban solos, sin escolta y sin ocultar su identidad. Con el aumento de la actividad enemiga, tomaron medidas para enmascararse. Una vez en el mar Egeo, se dirigían a un lugar apartado, donde se camuflaban como buques neutrales: pintaban de nuevo casco y superestructura, añadían chimeneas falsas y cambiaban su nombre, bandera e indicativos radiotelegráficos por otros simulados. De esta guisa continuaban su viaje por el canal de Sicilia, pasando inadvertidos delante de los buques de guerra italianos que allí los esperaban. Continuaban en dirección a Gibraltar, hasta que alcanzaban una determinada marcación frente a la costa argelina, donde viraban hacia el norte, haciendo rumbo directo a Cartagena. Esta maniobra los desenmascaraba; a partir de ese momento debían navegar con una fuerte escolta. A menudo todos los buques disponibles, esto es, dos cruceros y hasta ocho destructores salían a escoltar a un solo *Igrek*. Durante el período crítico entre octubre de 1936 y octubre de 1937 la flota efectuó 63 misiones de escolta, lo que supone una media de un convoy cada cinco o seis días, con una duración de dos o más días. Excepto en dos ocasiones, el 7 y el 17 de septiembre de 1937, estas misiones transcurrieron sin novedad (36). Gracias a la flota, estos suministros proporcionaron el material necesario para poder seguir combatiendo con esperanzas de victoria.

* * *

La República adoptó una estrategia que, además de la defensa de las comunicaciones marítimas, trataba de disputar el dominio del mar al enemigo. Algunos planes ofensivos entrañaban alto riesgo y escasos resultados, como la recuperación del control del Estrecho, ahora que el Ejército de África ya estaba atacando Madrid, o el ataque a los buques logísticos del Eje. Las ventajas e inconvenientes de operaciones ofensivas que implicasen serio peligro de avería o pérdida de buques debían sopesarse contra el objetivo principal: el mantenimiento de las comunicaciones. Los ejercicios de adiestramiento de la flota republicana simulaban ataques nocturnos de los destructores contra la escuadra y convoyes nacionales. Las salidas para proteger a los *Igreks* cada

(35) Los expedientes principales sobre de la guerra submarina clandestina se encuentran en la *cartella* 3098, Ufficio Storico della Marina Militare, Roma [USMM]; «Partes de campaña submarinos Mola y otros.» AN, 25-13 (2,5), SHA 9742, AB; y «Ursula.» RM 20/899, BA-MA. Puede consultarse también BARGONI, *L'impegno navale italiano*, pp. 131-144, 185-186, 195-210; Frank, «Naval Operations», pp. 33-37; Rapalino, *La Regia Marina*, pp. 169-180, y Willard C. Frank, Jr., «La Operación Úrsula y el hundimiento del submarino C-3,» *Cartagena Histórica*, Núm. 8, 2004, pp. 4-14.

(36) Las operaciones navales defensivas de la República pueden consultarse en «Instrucciones-Flota Republicana» y en «Órdenes de Operaciones de la Flota Republicana», AR 25-12 (I, II), SHA 9515, 9514, AB, así como en el Informe Annin, 17 de agosto de 1937, RGAVMF, f. r-1529, op. 1, d, 120, ll. 16-83.

vez funcionaban mejor, y las tripulaciones estaban listas para pasar a lo ofensiva si surgía la oportunidad. Además de esta creciente capacidad ofensiva, entre octubre de 1936 y octubre de 1937 la flota republicana llevó a cabo 23 misiones no relacionadas con la escolta de convoyes, entre las que se contaban ocho estrictamente ofensivas, especialmente salidas nocturnas en busca de la flota nacional. Esto supone un promedio de una salida cada 45 días, frecuencia suficiente para constituir un componente de la estrategia republicana y mantener la experiencia operativa (37). Estas salidas mantenían a los nacionales en alerta permanente y les obligaban a escoltar sus convoyes con fuerzas importantes, pero la falta de información sobre sus movimientos limitaba sus posibilidades. Cuando no estaban en mantenimiento o reparación, pues, los buques republicanos navegaban constantemente; con ello se mejoraba la moral y el grado de entrenamiento de las tripulaciones.

Aun después de estas mejoras la flota republicana todavía no había desarrollado la capacidad ofensiva. A partir de diciembre de 1936 el Gobierno italiano empezó a enviar divisiones completas, que constituían el *Corpo Truppe Volontarie*, en grandes buques con bandera italiana escoltados por unidades de la *Regia Marina*. Estos convoyes, que no se molestaban en disimular que su destino era Cádiz, pasaban con frecuencia frente a la flota republicana, que no podía actuar sin provocar una escalada del conflicto; frente a semejante situación, el Gobierno tuvo que limitarse a la protesta diplomática. Además, los buques logísticos italianos, muchos en realidad españoles con bandera italiana de conveniencia, navegaban constantemente entre Italia y Mallorca con escolta italiana, tomando el puerto de Palma de noche, con las luces de navegación encendidas para indicar que no eran buques de guerra. Los mercantes alemanes, después de un roce inicial con las fuerzas del bloqueo que les obligó a descargar en Lisboa, utilizaban el puerto de Vigo como destino habitual. Para evitar las inspecciones, navegaban con bandera panameña, y en el último tramo del trayecto iban escoltados por unidades de la Marina alemana, pues el Acuerdo de No-Intervención excluía la inspección de los buques no europeos y de los que navegaban con escolta. De este modo, los nacionales recibieron aproximadamente 160 convoyes alemanes y 290 italianos en toda la guerra; desde los Estados Unidos se enviaron camiones y combustible en abundancia, la mitad de éste suministrado por Texaco en petroleros de bandera americana. Esto representa nada menos que el doble del combustible recibido por la República (38).

(37) Estas operaciones pueden seguirse en las fuentes enumeradas en la nota 35.

(38) La lista de los buques de suministros alemanes, con sus cargamentos, puede encontrarse en Merkes *Die deutsche Politik* pp. 373-379; y una lista de buques de aprovisionamiento italianos, con sus cargamentos, en *buste* 129-131, MAE-US. Para la organización y despacho de personal y material véase «Tätigkeitsbericht der Schiffsabteilung (O.K.M. A VI) in Dienste des Sonderstabes W während des Spanienkrieges, 26.7.1936 bis 1.6.1939,» RM 20/1451, BA-MA; y *buste* 9-10, «Relazione finale sull'attività dell'Ufficio Spagna,» MAE-US. Para el suministro de petróleo, véase *Error! Sólo el documento principal.* CIERVA, Ricardo de la: «El suministro y la financiación de los carburantes en la Guerra Civil: datos y testimonios,» *Hacienda Pública Española*, núm. 46 (1977), pp. 115-123.

A principios de 1937 la ayuda militar recibida por la República llegó a ser similar a la que recibía Franco, pero pronto la diferencia en favor de éste volvió a manifestarse, aumentando en 1938. Durante toda la guerra los nacionales, que se beneficiaron del sistema de No-Intervención y de la facilidad en evadirlo, recibieron mucha más ayuda por vía marítima que sus enemigos. Todavía faltan datos, y parte de los existentes son poco fiables, pero se estima que la República recibió unos 100 envíos de material de guerra y soldados, que contrastan con los 470 para los nacionales, sin contar los aviones grandes, que volaban directamente desde aeródromos en Italia o Alemania, es decir, poco más de una quinta parte de la ayuda a Franco. El Gobierno también recibió algunas remesas de poca importancia, normalmente en secreto, en buques costeros y en algunos extranjeros. La mayoría del material recibido por la República en 1938 era anticuado y de baja calidad. Además, mientras que los envíos de las potencias del Eje llegaban puntualmente, los destinados a la República eran esporádicos. Después de agosto de 1937, cuando los soviéticos recortaron sus envíos por el Mediterráneo, la ruta costera desde los puertos franceses era vulnerable a los ataques nacionales (39).

Frustradas esperanzas de apoyo naval y aéreo soviético

Una solución para neutralizar los convoyes del Eje sin llegar a la confrontación directa podría haber sido el despliegue de una fuerza naval soviética en el Mediterráneo Occidental, que sin hostilizarles mostrase su apoyo a la República y cooperase con el Comité de No-Intervención. Eso era precisamente lo que los buques del Eje hacían en favor de los nacionales: escoltaban a sus buques y sus submarinos atacaban a los de la República; la Marina alemana era especialmente eficaz siguiendo sus movimientos y transmitiéndoselos a los nacionales. Los marinos republicanos se preguntaban, por tanto, dónde estaba la escuadra soviética, que podría haber desempeñado esta tarea. Los italianos y alemanes ciertamente la practicaban habitualmente y con total impunidad. La flota republicana, en cambio, al carecer de esa información, salía prácticamente a ciegas. Es cierto que disponía de un sistema de estaciones radiogoniométricas y de otro primitivo de información de transmisiones, pero éste no llegó a funcionar correctamente en toda la guerra (40). Por eso, la flota republicana necesitaba de un aliado que le informara. Si esa función la hubiesen desempeñado buques soviéticos, las fuerzas de la República habrían sido más eficaces. En numerosas ocasiones Kuznetsov solicitó a Moscú el

(39) El estudio más detallado, si bien incompleto y que deja algunas cuestiones sin resolver, es el de HOWSON: *Arms for Spain*. A sus datos he añadido algunos viajes, unos ciertos y otros probables.

(40) Entre otros, véanse los informes de S.G. Sapozhnikov, «O polozhenii vo flote» [Sobre la situación de la flota], 30 octubre 1938, f. 35.082, op. 1, d. 45, l. 70; y «Organizatsiya ispanskogomorskogo komandovaniya i shatatov» [Organización del Mando y Estado Mayor españoles], 5 diciembre 1938, f. 35.082, op. 1, d. 45, l. 143, RVGA.

envío de una fuerza de cruceros y destructores con esa misión (41), peticiones que la Marina soviética prudentemente desestimó.

Los diplomáticos soviéticos formularon una petición similar. En febrero de 1937 el ministro de Asuntos Exteriores soviético, Maksim Litvinov, y el embajador soviético en Londres, Iván Maiskii, solicitaron buques de guerra para el dispositivo de control del Comité de No-Intervención. Con esta medida pretendían que la participación de su país se realizase en un plano de igualdad con las demás potencias (42). Aunque el ministro de Asuntos Exteriores inglés, Anthony Eden, no había contado con la Marina soviética, porque creía que no tenía los recursos necesarios, al gobierno soviético le interesaba mostrar su poder naval como instrumento diplomático para una alianza antifascista con Inglaterra. Con este fin alistó dos cruceros, dos destructores, ocho submarinos y un buque nodriza, aunque no llegó a enviarlos. El jefe de la Marina soviética, el almirante V.M. Orlov, desaconsejó un despliegue en aguas tan lejanas y propuso enviar sólo dos cruceros y cuatro submarinos recientes. Quería probar los submarinos en misiones de guerra: por una parte, éstos podían evitar una provocación a los fascistas simplemente sumergiéndose; por otra, una vez sumergidos constituían una amenaza latente. Los cruceros eran militarmente más débiles que sus homólogos nacionales, pero eran perfectamente adecuados para desarrollar misiones de control en el Mediterráneo occidental. Sin embargo, Orlov pronto cambió de opinión, estimando más prudente no enviar ningún buque. Sin apoyo logístico adecuado, los buques eran incapaces de operar a tan larga distancia, y el riesgo de un incidente era demasiado grande. Por eso Orlov rechazó de plano la proposición de Maiskii, por la que los cruceros participarían de día en las patrullas de No-Intervención y de noche escoltarían en secreto a los *Igreks* en su aproximación a Cartagena. Con los italianos y alemanes al acecho, existían muchas probabilidades de un encuentro no deseado (43). Al no enviar buques, el gobierno soviético desperdició la oportunidad de ayudar a sus amigos españoles.

Kuznetsov no se dio por vencido y probó otro plan. Puesto que sin ayuda de la Marina soviética no podía destinar más buques, especialmente los destructores, a misiones ofensivas o de escolta, pidió que le enviaran al menos 16 lanchas rápidas para la defensa de los accesos al puerto de Carta-

(41) Además de la citada división, la solicitud específica de Kuznetsov incluía al menos 12 submarinos con dotaciones soviéticas, 16 lanchas torpederas, 18 o más aviones de reconocimiento aeronaval y 12 bombarderos asignados a la Marina. Véase el informe de Kuznetsov, «Doklad morskogo sovetnika» 30 agosto 1937, f. 35082, op. 1, d. 23, ll. 51-52, RGVA.

(42) Litvinov a Maiskii, 27 enero 1937, *Dokumenty vneshnei politiki SSSR* [Documentos de Política Exterior de la URSS], tomo 20 (1937) (Moscú: Izdatelstvo Politicheskoi Literatury, 1976), pp. 60-61, 697. Sobre las malas condiciones materiales y la biseñez de las dotaciones de los buques soviéticos, por lo que no se deseaba su participación en las patrullas de no-intervención, véase I.A. Ananin, *Korabli nashei yunosti (Vospominaniya)* [Memorias de los barcos de nuestra juventud] (Leningrado, Lenizdat, 1968), pp. 114-116.

(43) Véase la correspondencia en f. 1483r, op. 3, d. 244, ll. 1-85, *passim*, RGAVMF.

gena. Sólo recibió cuatro del tipo G-5, con sus dotaciones, en mayo de 1937; aunque estas pequeñas unidades apenas podían navegar con la más leve marejadilla, liberaron a los destructores de sus patrullas antisubmarinas y contraminas frente a Cartagena, quedando todos disponibles para la escolta de los *Igreks* y las operaciones ofensivas nocturnas. Aun así, el Estado Mayor Central decidió utilizar las lanchas en marzo de 1938 en una misión de cierta importancia. Se trataba de atacar los buques fondeados en la bahía de Palma. Se remolcaron las lanchas hasta las proximidades de la costa mallorquina, pero la misión tuvo que cancelarse por la mar reinante. La fuerza de apoyo tuvo más suerte: en la noche del 5 al 6 topó con un convoy nacional frente al cabo de Palos. En el combate que siguió las tripulaciones republicanas demostraron su pericia hundiendo el *Baleares*, el más reciente de los cruceros nacionales. En cuanto a las lanchas torpederas, el jefe de la Flota, Ubieta, quedó decepcionado de sus capacidades ofensivas y no volvió a utilizarlas en operaciones de este tipo, aunque también sirvieron para escoltar convoyes costeros (44).

Kuznetsov también recuperó apoyo aéreo, perdido al principio de la guerra, cuando se disolvió la Aeronáutica Naval. Los aviones del Eje volaban constantemente en misiones de reconocimiento, identificando con frecuencia a los *Igreks*. Prieto, que reunía las carteras de Marina y Aire, consintió en destinar un pequeño número de bombarderos ligeros SB-2 *Katyusha* a esta misión. El mando naval quiso utilizarlos en misiones de ataque sin reparar en que las tripulaciones soviéticas no estaban entrenadas para la guerra en el mar: no eran capaces ni de identificar los barcos avistados ni de acertar con sus bombas a un buque de guerra maniobrando evasivamente en mar abierto. Su utilidad en misiones de reconocimiento era muy limitada, y las de bombardeo tuvieron que limitarse a buques de guerra en puertos nacionales, asegurándose así de que se trataba de buques enemigos (45).

No obstante, en mayo de 1937 los SB-2 bombardearon por error el crucero auxiliar italiano *Barletta*, en Palma, y el acorazado de bolsillo alemán *Deutschland*, en Ibiza. La crisis internacional que esto provocó dio lugar a represalias alemanas: el bombardeo de Almería, después de haber estado a punto de atacar la base naval de Cartagena (46). Para evitar futuros errores, el mando republicano prohibió el bombardeo de buques en puertos enemigos. Kuznetsov, sin embargo, se opuso porque estos ataques dejaban a los buques enemigos fuera de servicio durante un tiempo.

(44) KUZNETSOV: *Na dalekom meridiane*, pp. 187-191; N. Pitserskii, «Pod voenno-morskim flagom ispanskoi respublikii» [Bajo la bandera naval de la República española], en *Problemy ispanskoi istorii*, ed. I.M. Maiskii (Moscú: Nauka, 1971), pp. 185-193; Informe de Pitserskii sobre el de Ubieta: «Conclusiones del Jefe de la Flota sobre la batalla entre la flota republicana y el enemigo, que con exitosos resultados tuvo lugar el día 6 de marzo de 1938.» f. r- 1529, op. 1, d. 115, ll. 363-366, RGAVMF.

(45) PITERSKII: «Pod voenno-morskim flagom», pp. 190-211.

(46) Véase Willard C. Frank, Jr., «Cartagena en el punto de mira de la Alemania nazi: El ataque al *Deutschland*: mayo de 1937», *Cartagena Histórica*, núm. 6 (enero-marzo 2004), pp. 4-16.

Además, observó que, después del bombardeo del *Deutschland*, los buques de guerra alemanes abandonaron el Mediterráneo occidental, regresando sólo meses después, cuando se cercioraron de que la aviación republicana había cesado en sus ataques a la bahía de Palma (47). Los pilotos soviéticos no llegaron a desarrollar las capacidades requeridas. Por esto el mando naval consideró los SB-2 un riesgo político inasumible y un fracaso militar; su servicio naval sólo duró unos meses, al cabo de los cuales volvieron a su destino habitual.

Los cazas soviéticos sí fueron efectivos: los basados en el Carmolí y otros aeródromos, junto con la artillería antiaérea, obligaron a los aviones enemigos que atacaban el puerto de Cartagena a volar tan alto y tan rápido que sus bombas sólo alcanzaban el blanco por casualidad. Muchas cayeron sobre el casco urbano; de esto modo el objetivo pasó a ser la población civil, que se protegía en los refugios antiaéreos.

Con el tiempo, las esperanzas de Kuznetsov de contrarrestar el apoyo de las potencias del Eje con la ayuda soviética se fueron desvaneciendo. No se presentó ninguna fuerza naval, y tanto las lanchas torpederas como los aviones fracasaron en el intento.

Mientras tanto, las potencias del Eje aumentaron sus acciones ofensivas, tanto aéreas como navales. En semejante situación, el mando naval no podía hacer más que multiplicar las patrullas frente a sus bases y atacar a cualquier submarino no identificado, con el riesgo de un enfrentamiento directo con el buque desenmascarado. En consecuencia, tuvo que seguir limitándose a la vía diplomática ante el Comité de No-Intervención y la Sociedad de Naciones, sin resultado alguno (48).

Gran Bretaña prestó un gran apoyo a la causa republicana al sostener con firmeza la libertad de los mares y no reconocer el bloqueo franquista. En aguas internacionales, la Marina británica protegió los buques de bandera inglesa, que sostenían la población y la economía de la zona republicana, frente a los nacionales que pretendían interceptarlos. Así, las Fuerzas Navales del Cantábrico y las del gobierno vasco pudieron dedicarse a la tarea mucho más sencilla de escoltar a los buques dentro de las tres millas que constituían el límite de las aguas jurisdiccionales españolas, donde contaban con el respaldo de las baterías costeras. Con los acorazados ingleses protegiendo a su flota mercante en alta mar, los submarinos y destructores republicanos pudieron llevar a cabo algunas audaces operaciones ofensivas contra las fuerzas nacionales del bloqueo, a cuyo frente estaba el crucero *Almirante Cervera*. La protección británica, pues, aun sin ser fruto de una política de apoyo al gobierno de Madrid, fue de una gran ayuda, subsanando hasta cierto punto la prohi-

(47) KUZNETSOV, «Doklad morskogo sovetnika», 30 de agosto 1937, f. 35.082, op. 1, d. 23, l. 47, RGVA.

(48) Las gestiones diplomáticas republicanas y su fracaso pueden seguirse en SCHWARTZ, Fernando: *La internacionalización de la guerra civil española, julio 1936-marzo 1937*. Barcelona, Planeta, 1999; Bell, «The Non-Intervention Committee and the Spanish Civil War, 1936-39»; y PADEFORD, *International Law and Diplomacy*, pp. 53-143

ción de la venta de material de guerra; no obstante, esta ayuda fue insuficiente para impedir la conquista del Norte o los ataques aéreos del Eje a los buques en los puertos del Mediterráneo (49).

Cambio de prioridades estratégicas

En un acto de desesperación, a mediados de 1937 el gobierno de Juan Negrín cambió las prioridades estratégicas: en lugar de buscar la derrota del enemigo, concentró sus esfuerzos en la defensa del régimen. En vista del curso desfavorable de la guerra, Negrín estaba tratando de aguantar hasta que, o bien consiguiese el levantamiento de la prohibición de venta de material de guerra, o bien Hitler provocase el estallido de una guerra europea; en cualquiera de los dos casos, la República tendría alguna probabilidad de sobrevivir. Para conseguir su objetivo, Negrín siguió una estrategia defensiva, que minimizaba los riesgos y descartaba medidas que pudiesen incomodar a las democracias o irritar a las dictaduras del Eje. La nueva política se anunció en los carteles de Madrid con el lema «defender es vencer», en contradicción aparente con los principios del arte de la guerra. Fue entonces cuando Negrín aceptó el consejo de los asesores militares soviéticos de formar un Ejército Popular en el que rigiese la disciplina, y adoptar la estrategia del general Vicente Rojo de prolongar la guerra mediante maniobras de diversión (50).

El jefe de la Flota, Ubieta, y el Estado Mayor Central procuraron por todos los medios mantener a sus buques alejados de los del Eje, evitando cualquier situación peligrosa, prohibiendo incluso la visita y registro de buques mercantes en alta mar, contra la opinión de Kuznetsov, de ideas más agresivas. En 1938 los submarinos mandados por oficiales soviéticos tuvieron que operar con fuertes limitaciones: ahora las *rules of engagement* exigían la identificación positiva de los buques nacionales, algo sumamente difícil, pues de noche encendían sus luces de navegación, tal y como hacían los mercantes neutrales, y de día izaban bandera simulada. No provocaron ningún incidente, pero

(49) Véanse CABLE, James: *The Royal Navy & the Siege of Bilbao*. Cambridge University Press, Cambridge, 1979; P.M. Heaton, *Welsh Blockade Runners and the Spanish Civil War* (Gwent, Starling, 1985); y GRETTON, Peter: *El factor olvidado: la Marina británica y la Guerra Civil española* (Madrid, San Martín, 1984), pp. 177-250, y *passim*.

(50) He intentado hacer una exposición clara y concisa de la política de Negrín y la estrategia de Rojo, pero tanto las fuentes impresas como las manuscritas son poco claras al respecto. Numerosos estudios han presentado a Negrín de diversas formas, bien como un comunista embaucador, bien como un estratega pragmático. Creo que el problema al que se enfrentaba el gobierno de Negrín era irresoluble, ya que cada una de las opciones que se le presentaban estaba llena de trampas. Entre los estudios más recientes favorables a la gestión de Negrín se encuentran el de Graham, Helen: *The Spanish Republic at War 1936-1939* (Cambridge, Cambridge University Press, 2002); MIRALLES, Ricardo: *Negrín: La República en guerra*, 3ª ed. (Madrid, Temas de Hoy, 2003) (3.ª ed.); y Javier Fernández López, *General Vicente Rojo: Mi verdad*. Mira, Zaragoza, 2004.

tampoco lograron hundir ningún buque enemigo (51). En resumen, las exigencias de la nueva estrategia inhibieron la iniciativa y engendraron frustración en la Flota, que tuvo que operar con mayor cautela.

La guerra en el mar en manos extranjeras, un golpe a la estrategia de Negrín

En agosto y septiembre de 1937 las fuerzas italianas llevaron a cabo una ofensiva general contra el tráfico marítimo republicano y soviético en todo el Mediterráneo, a petición del mando nacional. Éste fue el segundo momento decisivo de la guerra en el mar (el primero fue el combate de cabo Espartel en septiembre de 1936). De 14 buques hundidos o capturados por las fuerzas italianas, probablemente sólo seis transportaban materiales estratégicos: cinco eran petroleros y sólo uno, que no encontró a su escolta, iba cargado con material de guerra soviético (52). Para hacer frente a esta amenaza, Inglaterra y Francia rápidamente establecieron el Acuerdo de Nyon, contra los submarinos «piratas». Esto obligó a Benito Mussolini a recortar sus operaciones clandestinas, que quedaron al descubierto. Ahora los destructores ingleses y franceses patrullaban las rutas acordadas con órdenes de hundir cualquier submarino en inmersión. Ésta fue la única ocasión anterior a 1939 en que los dos países se enfrentaron con firmeza a un dictador del Eje, pero el efecto se perdió enseguida, ya que poco después invitaron a Italia a participar en las patrullas de Nyon. De este modo otorgaban a Italia el mismo rango de gran potencia, con la esperanza de estabilizar la situación en el Mediterráneo, intento que resultó fallido. El ministro de Asuntos Exteriores italiano, Galeazzo Ciano, se burlaba: «È una bella vittoria. Da imputati siluratori a poliziotti mediterranei, con esclusione degli affondati russi (Es una gran victoria. De torpedeadores convictos a policías del Mediterráneo, con la exclusión de los rusos, cuyos buques hemos hundido)» (53). Por lo demás, la Marina italiana

(51) KUZNETSOV: «Doklad,» 30 de agosto de 1937, f. 35.082, op. 1, d. 23, l. 47, RGVA; Informes de V.A. Egorov y S.G. Sapozhnikov en «Submarinos republicanos españoles bajo mando soviético (III)», REVISTA DE HISTORIA NAVAL, núm. 70 (2000), pp. 25-46.

(52) Siendo el disimulo tan habitual en los envíos de armamento, existen dudas sobre el tipo y destino de la carga de alguno de los buques atacados. El informe oficial italiano de estas operaciones se encuentra en «Relazione finale,» Allegati 31 & 41, b. 10, MAE-US. Véanse también BARGONI: *L'impegno navale*, pp. 280-342; FRANK: «Naval Operations in the Spanish Civil War», pp. 42-45; e IDEM: «Politico-Military Deception at Sea», pp. 101-105.

(53) Para las minutas de la Conferencia de Nyon y las instrucciones navales británicas, véase ADM 116/3523, 3528, TNA; y para las instrucciones francesas, «Dispositif Spécial en Méditerranée», 18 de septiembre 1937, 1 BB² 204, Service Historique de la Défense/Département Marine, Vincennes. Véanse también GRETTON, Peter: «The Nyon Conference-The Naval Aspect», *The English Historical Review*, XC, núm. 345 (enero de 1975), pp. 103-112; y MILLS, William C.: «The Nyon Conference: Neville Chamberlain, Anthony Eden, and the Appeasement of Italy in 1937», *The International History Review*, XV, núm. 1 (febrero 1993), pp. 1-22. Para la cita véase CIANO, Galeazzo: *Diario, 1937-1943*, Rizzoli, Milán, 1980, pp. 39.

continuó su campaña secreta, es verdad que con mayor cautela, mediante submarinos «legionarios» y fuerzas de superficie, hasta febrero de 1938, pero esta vez unas *rules of engagement* más restrictivas le impidieron alcanzar resultados significativos.

La Marina republicana poco podía hacer contra 52 submarinos y 43 buques de superficie italianos. Sus limitados recursos y la necesidad de evitar una guerra abierta con Italia la llevaron a mantenerse a la expectativa mientras Inglaterra y Francia realizaban las patrullas antisubmarinas. De este modo una parte importante de la guerra en el mar quedó fuera de su control.

Los efectos de la estrategia de «piratería» naval sobre el esfuerzo bélico republicano fueron devastadores. La Unión Soviética fue incapaz de proteger sus buques, hundidos por los torpedos italianos sin siquiera transportar material de guerra, mientras que los nacionales confiscaron otros nueve, acusados de haber transportado armas en otras ocasiones, y los utilizaron para su propio servicio. Los proyectos de Stalin de crear una flota poderosa con la que disuadir a las potencias del Eje y conseguir la alianza británica estaban muy atrasados: en el verano de 1937 la Marina soviética fue incapaz de dar protección a sus propios buques, y no podía contar con que el gobierno español lo hiciese. El envío de ayuda en condiciones tan precarias se revelaba como un esfuerzo inútil, y la defensa de la acosada República empezaba a vislumbrarse como una causa perdida. Por otra parte, surgió la necesidad de iniciar el rearme de la Unión Soviética y de enviar ayuda material a las fuerzas armadas chinas en su lucha contra la invasión japonesa. No se ha localizado todavía documentación que establezca explícitamente los motivos de Stalin, pero probablemente éstas sean las causas de su decisión, precisamente en aquel momento, de suprimir los envíos a la República. Más adelante los reanudaría, aunque en menor escala y de forma esporádica, desde los puertos del Báltico a los de la costa atlántica francesa, de donde pasaban por tierra, cuando la situación política lo permitía, a la zona republicana (54). Stalin abandonaba, por tanto, a la República a su suerte, alejándose así del sistema de seguridad colectiva y acercándose al Pacto germano-soviético de 1939. Con los envíos de armamento a los nacionales en aumento, el fin de la ayuda soviética disminuyó de forma decisiva las probabilidades de supervivencia de la República.

La campaña «pirata» y el Acuerdo de Nyon significaron importantes reveses para la República. No solamente cortaron la ayuda soviética, sino que no llegaron a provocar la guerra que Negrín esperaba. Chamberlain temía verse envuelto

(54) HOWSON: *Arms for Spain*, pp. 278-303, contiene un relato bastante detallado, aunque incompleto, que muestra el fin de los envíos por la vía del Mediterráneo coincidiendo con la campaña de los submarinos «piratas». Para otros factores que, aparte de la campaña submarina, pueden haber influido en el cese de la ayuda soviética véase KOWALSKY: *La Unión Soviética*, pp. 225-228; y RYBALKIN: *Operatsiya «X»* p. 92. Kowalsky (p. 227) considera que hubo otros factores más importantes que la «piratería» italiana, y que la campaña submarina «probablemente sólo fuera un factor de importancia menor por lo que se refiere a la reducción de los suministros militares soviéticos». El suministro continuado de ayuda soviética durante casi un año y su fin repentino cuando los submarinos italianos empezaron su ofensiva general hacen pensar que no fue una mera coincidencia.

en una guerra con Italia o con Japón, lo que animaría a Alemania o a Japón a iniciar nuevas conquistas. Así que la crisis en el Mediterráneo le confirmó en su determinación de continuar con la política de no-intervención y de evitar la guerra con Alemania. Hitler aprovechó para adelantar sus planes de conquista en Europa central, legitimados por el Acuerdo de Múnich en 1938. La tensión internacional aumentó, aunque no lo suficiente; la guerra europea no estalló hasta dos años más tarde, cuando ya era demasiado tarde para la República (55).

Desaliento y la derrota

Después de haber ocupado el Norte en octubre de 1937, los nacionales concentraron sus fuerzas navales en el Mediterráneo. Sus líneas de comunicación estaban protegidas: su tráfico marítimo navegaba con bandera simulada y escoltado por buques del Eje hasta la misma bocana de los puertos de destino. Por otra parte, el personal de la Marina republicana había ganado experiencia, como se demostró en el combate de Cherchel, el 7 de septiembre de 1937, y en el hundimiento del *Baleares*, el 6 de marzo de 1938. Sin embargo, estos éxitos tácticos no afectaron al curso desfavorable de la guerra.

Los buques sufrían el lógico desgaste; las piezas de respeto escaseaban, de forma que en 1938 y 1939 el entretenimiento se convirtió en un serio problema. Los ataques aéreos sobre Cartagena averiaron al *Libertad* y dejaron otra vez fuera de combate al *Miguel de Cervantes*, recién reparado de las serias averías recibidas en 1936. El *Méndez Núñez* y la mayoría de los destructores necesitaban carenar urgentemente, pero los diques disponibles, el de la Constructora y el flotante, eran insuficientes para la tarea (56). Además, en el combate del cabo de Palos, en marzo de 1938, se gastaron catorce de los escasísimos torpedos con que contaba la flota. Al no poder reponerse, tampoco se pudieron efectuar más ataques nocturnos de envergadura contra la escuadra nacional. Burlar la vigilancia de las patrullas del Acuerdo de No-Intervención era tarea poco menos que imposible, de forma que, a pesar de las reiteradas peticiones del mando, no pudieron conseguirse más torpedos. Se estaba perdiendo la batalla logística. La flota nacional, en cambio, tenía un buen sistema de suministros y disponía de arsenales mejor equipados. Esta diferencia se fue afirmando a medida que pasaba el tiempo, mientras que la degradación del material iba socavando la moral de la Flota.

(55) Para los temores de Chamberlain véase Cabinet Conclusions, CAB 36(37)5, 6 octubre 1937, CAB 23/89, TNA. La utilización que Hitler hizo de la crisis en el Mediterráneo para distraer a las democracias y así poder ocupar Austria y Checoslovaquia puede verse con detalle en la «Conferencia de Hosbach» del 5 de noviembre de 1937. Véase «Minutes of the Conference in the Reich Chancellery, Berlin, November 5, 1937», *Documents on German Foreign Policy, 1918-1945*, serie D, vol. 1 (Washington, Government Printing Office, 1949), pp. 29-39.

(56) Para las reparaciones y los problemas surgidos véanse AR 284-28-31, SHA 9448 y AR 134-2, SHA 8919, AB; para el agotamiento de las existencias de torpedos, AR 203-3 (2), SHA 8921, AB.

En abril de 1938 los nacionales avanzaron hasta la costa mediterránea, dividiendo en dos la zona republicana y haciendo aún más difícil la llegada de la ayuda soviética a través de Francia. Desde Marsella y Sète se enviaron algunos buques que, barajando la costa y sufriendo los ataques de los nacionales, consiguieron llegar a Barcelona pero el gobierno francés prohibió estas actividades durante casi todo el año de 1938, y después la República ya no volvió a recibir los suministros suficientes para sostener la guerra. Todo esto agravaba los sentimientos generales de desencanto y desaliento reinantes.

Incluso durante este período la flota republicana mantuvo cierta actividad. Entre noviembre de 1937 y el fin de las hostilidades realizó con éxito 29 operaciones de escolta de convoyes, esto es, una cada dos semanas. Asimismo, los submarinos mandados por oficiales soviéticos continuaron acechando al tráfico nacional frente al concurrido puerto de Palma y en aguas del Estrecho, aunque sin éxito por las causas mencionadas anteriormente (57). Del mismo modo, la falta de información sobre sus movimientos impidió establecer contacto con el enemigo en las 15 salidas nocturnas que se realizaron contra la flota nacional. La única acción victoriosa en toda la guerra, la batalla del cabo Palos, en la que los nacionales perdieron el *Baleares*, fue fruto de un encuentro casual (58). Estas operaciones, al igual que la campaña del Ebro, tenían como único objetivo aguantar hasta que estallase la esperada guerra europea, pero después del acuerdo de Munich no parecía que fuese a producirse a tiempo. Aun en estas circunstancias, Ubieta no se dio por vencido: puso fin a las operaciones ofensivas para no arriesgar más sus desgastados buques, conservándolos así en espera los acontecimientos.

La moral de la Flota volvió a resentirse a partir del verano de 1937; la presencia naval soviética no se materializó, la campaña de los submarinos piratas acabó con los suministros soviéticos, y la participación italiana en las patrullas del Acuerdo de Nyon significó un insulto a la República. Como desahogo de la frustración y el desaliento reinantes, se inició la búsqueda de culpables, reproduciéndose las divisiones políticas.

Los oficiales jóvenes, atemorizados e inexpertos en 1936, habían ganado profesionalidad y confianza; las actitudes revolucionarias habían dado paso al orden y la disciplina, y los comités electivos habían desaparecido. Incluso los comisarios políticos, nombrados para mediar entre la marinería y los oficiales y fomentar la unidad en la lucha contra el fascismo, habían ido perdiendo poder frente a los oficiales del Cuerpo General, que se habían afianzado en sus puestos de mando y volvían a dar órdenes con seguridad. Con todo, a una parte de los auxiliares, cabos y marineros esto no les gustaba: parecía que la oficialidad volvía a las conductas altivas y a los privilegios prerrevolucionarios, distanciándose progresivamente de ellos. A raíz del curso desfavorable de

(57) Informes de Egorov y Sapozhnikov en «Submarinos republicanos españoles bajo mando soviético (III)», pp. 25-46, especialmente pp. 33-39.

(58) Para las operaciones defensivas y ofensivas de la República, véanse «Órdenes de Operaciones de la Flota Republicana», AR 25-13 (II) y «Partes de Campaña de la Flota Republicana»; para buques individuales, AR 25-14 (VI), SHA, 9514, 9516, AB.

la guerra volvieron a aflorar los miedos y resentimientos, culpándose a los oficiales de la situación. Aumentaron las averías misteriosas, que más bien parecían actos de sabotaje. La marinería empezaba a murmurar si no sería mejor acabar de una vez con los oficiales que habían sobrevivido en 1936. Los oficiales, por su parte, comentaban por lo bajo que la guerra no podía continuar, cualquiera que fuese el vencedor. La desmoralización se extendía, y con ella, los viejos rencores (59).

Estos acontecimientos también socavaron la posición de los asesores soviéticos. Los oficiales, que antes los apreciaban por su profesionalidad, ya no necesitaban sus consejos y cada vez les irritaban más sus injerencias. Los suboficiales y la marinería tampoco mostraban aprecio por sus camaradas rusos. Los nuevos consejeros eran pocos, de rango inferior al de sus antecesores y generalmente menos sensibles a las diferencias culturales, si bien hay que reconocer que tuvieron que trabajar en condiciones mucho más difíciles. Por otra parte, los españoles cada vez protestaban más por su incompetencia; al igual que muchos civiles, toleraban cada vez menos los métodos totalitarios, brutales a veces, de los comunistas. Uno de los asesores cometió la torpeza de decir que a los marineros díscolos había que manejarlos con el látigo; su comentario se extendió entre las tripulaciones, fomentando el rencor (60). Prieto trató de suavizar la situación disminuyendo la presencia de comunistas en la Flota, a la vez que mantenía los asesores para poder prolongar la guerra. Pero el personal ya no soportaba más consejos de extraños y sólo quería que los asesores regresasen a su país y les dejaran en paz: los consideraban unos incompetentes. Las magníficas relaciones del principio de la guerra se habían transformado en hostilidad. El agregado naval francés, teniente de navío Raymond Moullec, que visitaba Cartagena con frecuencia y sentía un profundo respeto por la Marina republicana, informó a sus superiores en el mismo sentido (61).

(59) Este asunto apenas está documentado en los archivos españoles, pero desde agosto de 1937 los asesores soviéticos informaban continua y detalladamente sobre él. Entre otros véase, por ejemplo, Kuznetsov, «Doklad morskogo sovetnika,» 30 de agosto de 1937, f. 35.082 op. 1, d. 23, ll. 51-53, RGVA.

(60) Véase FRANK: «Marinos soviéticos con la Flota republicana durante la Guerra Civil». Existe una acalorada polémica en la que autores como Ronald Radosh y Mary R. Habeck afirman que la Unión Soviética no pretendía ayudar a la República, sino imponer una dictadura comunista en España. Otros, como Helen Graham y Paul Preston, consideran que la disciplina y el espíritu de lucha soviéticos podrían haber permitido la supervivencia de la República burguesa de Negrín. Ambas opiniones tienen argumentos a su favor, como en el caso de las famosas purgas de Stalin, cuando los agentes soviéticos en España tuvieron conductas contradictorias; por otra parte, los asesores navales, casi sin excepción, prescindieron de su ideología y se concentraron en su actividad profesional.

(61) Curiosamente, los juicios emitidos independientemente, tanto por los soviéticos como por el agregado naval francés, coinciden. Véase, por ejemplo, ALAFUZOV, V.A.: «Politiko-moralnoe sostoyanie respublikanskogo flota v Ispanii drugie politicheskie voprosy» (condición política y moral de la flota en España y otros temas políticos), verificada el 10 de marzo de 1938, f. 33.987, op. 3, d. 1149, ll. 75-79, RGVA; y MOULLEC: «Intervention soviétique dans la guerre d'Espagne», L-118, 28 de septiembre 1938, f. 211, op. 1, d. 1048, ll. 38-46, TsKhIDK.

La única operación ofensiva que la Marina republicana proyectó al final de la guerra, en diciembre de 1938, preveía un desembarco en Motril, la posición nacional más al este de Málaga. Se trataba de distraer tropas de la inminente ofensiva sobre Cataluña. Si se perdía esta región, se perderían el principal centro industrial y el suministro de material de guerra, lo que significaba el fin. A pesar de lo comprometido de la situación, Ubieta canceló la operación en el último momento. Las dificultades eran demasiadas: la coordinación de un desembarco sobre una costa bien defendida, el mal estado, tanto moral como material, de la Flota y noches de luna que eliminaban el factor sorpresa (62).

Por entonces la moral de combate había desaparecido, y tanto en tierra como en los buques se hablaba cada vez más abiertamente de rendirse o de salir con la Flota hacia el exilio. Unos submarinistas consideraron la posibilidad de llegar con su buque hasta la Unión Soviética. El desaliento y el pesimismo de sus colegas españoles hizo que la moral de los asesores soviéticos también se viniera abajo; se les repatrió y ya no se enviaron sustitutos. Esto produjo un sentimiento de alivio en Cartagena, donde se creía que su presencia constituía un obstáculo para el fin de las hostilidades (63). El intento golpista de marzo de 1939 fue sofocado, pero días después la Flota partió hacia el exilio. Se dirigía a Túnez e iba cargada hasta los topes de marineros, soldados, funcionarios y otros refugiados, acompañados de sus familias en muchos casos, todos ellos huyendo de las represalias de los vencedores. La guerra en el mar había terminado.

Conclusión

Este trabajo ha demostrado que el fracaso de la Marina republicana no se debió en exclusiva, como tradicionalmente se ha interpretado, a una actitud pasiva y a la falta de mandos capaces. Es cierto que al principio los oficiales perdieron la autoridad, pero con el tiempo la fueron recuperando y, junto con sus dotaciones, ganando en experiencia y profesionalidad, aunque al final el desaliento afectase a su capacidad de combate y agravase las divisiones internas.

Aunque no hubiese sufrido el cáncer de la pugna entre castas, la Marina republicana hubiera tenido que enfrentarse con unos desafíos que los mejores estrategas habrían considerado insolubles. Los escasos medios de reparación, la falta de repuestos y municiones, la negativa internacional a otorgar el derecho de beligerancia, el Acuerdo de No-Intervención, los ataques flagrantes de las fuerzas del Eje, las desproporcionadas represalias alemanas, la falta de presencia naval soviética y la campaña italiana de 1937 presentaban un cúmulo formidable de impedimentos a una acción eficaz.

(62) «Operaciones combinadas–Proyecto de Desembarco en Motril», AR, 254-2, SHA 9076, AB; Moreno y Moreno, *La guerra silenciosa y silenciada*, tomo 4, parte 1, pp. 2597-2630.

(63) FRANK: «Marinos soviéticos con la Flota republicana durante la Guerra Civil».

Ante esta situación, el mando naval republicano sostuvo un planteamiento estratégico racional y supo adaptarse a las exigencias de la guerra. La apreciación correcta de las prioridades se nota ya en los primeros meses, cuando los esfuerzos se concentraron en el bloqueo de los puertos nacionales. Los principales errores cometidos entonces —el abandono de Mallorca y el debilitamiento del bloqueo del Estrecho— fueron decisiones del ministro de Marina, es decir, del poder civil. Desde mediados de 1937 también se evidencia una actitud lógica y consecuente con el objetivo de prolongar el conflicto —la esperada guerra europea estalló sólo cinco meses después de la victoria de Franco—. Durante el período intermedio las fuerzas de los contendientes estaban equilibradas, lo que se prestaba a un amplio abanico de posibilidades. Una vez más, fruto de una valoración correcta de la situación, el mando republicano dio máxima prioridad a la protección de los envíos de material de guerra. Esta decisión era consecuencia de la relativa seguridad de las comunicaciones de los nacionales, que les permitía desarrollar una estrategia ofensiva. Aun así, menudearon las operaciones ofensivas de desgaste, que obligaron a los nacionales a destinar ingentes recursos a la defensa de sus propias comunicaciones. La intervención de fuerzas extranjeras y las divisiones internas no pudieron resolverse satisfactoriamente. En estas circunstancias, las estrategias seguidas por la República, con la excepción de los fracasos de Prieto en Mallorca y el Cantábrico, fueron coherentes con las escasas posibilidades republicanas de éxito.

La interpretación dada por este autor en 1984, según la cual los asesores soviéticos impusieron una estrategia defensiva a una fuerza capaz llevar la iniciativa, ha resultado ser errónea (64). Los marinos rusos eran generalmente profesionales con experiencia, que trabajaron con tesón para transformar la Marina republicana en una fuerza efectiva. El más valorado y agresivo fue Kuznetsov. Para evitar complicaciones internacionales, sus colegas españoles tuvieron que moderar la audacia de sus planes ofensivos contra los buques del Eje.

¿Por qué falló la flota republicana? El factor humano fue importante, es posible que decisivo, pero el personal y la organización de la Marina nacional no podían ser muy distintos, y ciertamente las actitudes no explican por sí mismas el resultado del conflicto. Un estudio completo de la guerra en el mar debe considerar, además, la considerable inferioridad de condiciones de la Marina republicana, tanto en el plano logístico como en el externo al ámbito naval. De cualquier modo, hay que señalar que estos dos tipos de causas suelen interactuar, y en este estudio hemos visto cómo las actitudes negativas y las circunstancias desfavorables se reforzaban mutuamente.

Si tenemos en cuenta sus defectos, sus contradicciones y las enormes dificultades a las que tuvo que enfrentarse, la actuación de la Marina republicana fue, en conjunto, digna. La flota, los mandos y los asesores soviéticos merecen algo más que el desprecio y la condena de la historia; la profesionalidad que demostraron en unas condiciones de extrema adversidad es merecedora de mejor suerte y de nuestro reconocimiento. A pesar de las carencias del personal, la flota republicana no fue un peso muerto, sino una fuerza frustrada.

(64) FRANK: «Naval Operations in the Spanish Civil War, 1936-1939».